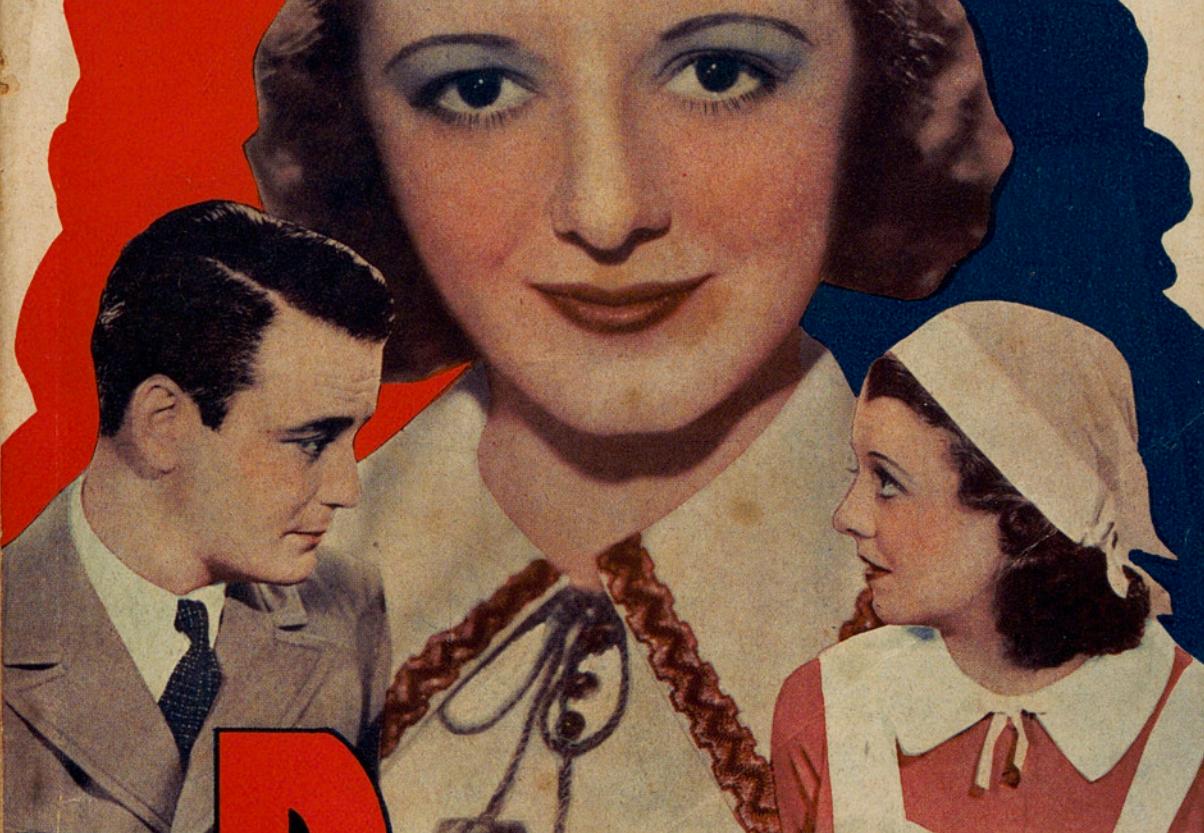


1 PTA

LEW
AYRES

EDICIONES
BISTAGNE

JANET
GAYNOR



LA DONCELLA DE POSTÍN

LA DONCELLA DE POSTIN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

LA DONCELLA DE POSTIN

Delicioso asunto, en el que se desarrolla la novela de una millonaria convertida en encantadora doncella de servicio.

Dirección de
FRANK LLOYD

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA DONCELLA DE POSTIN

PRINCIPALES INTÉPRETES:

JANET GAYNOR

LEW AYRES

Argumento de la película

UNA PREGUNTA Y UNA RESPUESTA

PREGUNTA: — ¿Cuántas hijas de ricos saben guisar, coser, lavar los platos, fregar los suelos y cuidar a los niños?

RESPUESTA: — Depende... Un beso largo, largo, largo, apretado, pasional, había unido las bocas en una deliciosa caricia sin fin. Ella era menudita, graciosa, delgadilla y esbelta, con carita de niña y ojos grandes e ingenuos. El un mocetón fuerte, alto, pelirrojo, atlético, con expresión de tonto.

Cuando se soltaron de los brazos ella, extasiada, exclamó:

—¡Me ha gustado mucho!

—¡Y a mí también!

—¿Sabes que eres uno de los pocos muchachos que no me cansan?

—Ni tú a mí.

—Eso quiere decir que nos avenimos bien.

—Sí, somos muy buenos camaradas.

—Muy buenos! Jugamos al tennis, al golf, a la esgrima... Vamos juntos al teatro ... Esquiamos en invierno y nadamos en verano... Apenas nos sepáramos en las veinticuatro horas que tiene el día.

—¡Es verdad! — exclamó él como si acabaran de hacerle una profunda revelación—. Se puede decir que estamos siempre juntos...

—Y que jamás nos hemos cansado uno de otro — añadió ella con una alegría infantil, como si aquella idea la regocijara mucho—. ¿Sabes que haríamos una pareja ideal?

—Oye, ¿te me estás declarando?

—No, tonto, te estoy dando el sí más entusiasta — le dijo ella volviendo a abrazarle y ofreciéndole sus labios que él tomó con deleitación.

—Señorita — dijo el criado después de toser discretamente para anunciar a la pareja que tenían testigos de sus expansiones amorosas.

—¿Sí? — replicó ella mirándole con mirada severa por haber venido a interrumpir uno de los momentos más deliciosos de su vida.

—El papá de la señorita acaba de llegar.

—¡Ah!... Está bien; refírese — y Hedda volvió a abrazar a Karl y se besaron otra vez como si no supieran saciarse de la caricia.

El papá de Hedda era un buen burgués, millonario varias veces, que había hecho su fortuna con los

automóviles cuya marca había hecho famosa en todo el mundo. Diariamente ideaba nuevos métodos de propaganda y su secretario y brazo derecho, el señor Swanson, le ayudaba y le secundaba en todas aquellas ideas que resultaban a veces bastante caras.

Hoy habían paseado largamente por el parque en el automóvil, y el aparato de radio que tenían en él instalado les iba dando continuamente detalles del funcionamiento del coche, "el mejor construido", según decía muy firmemente el "speaker". Luego un tenor entonó un himno en loanza de la marca de automóviles de Mr. Nilsson que terminaba con un formidable *do* de pecho dado con entusiasmo por el artista.

El Sr. Nilsson miró a su secretario entusiasmado y le dijo:

—¿Ha sido esto un *do* de pecho?
—Creo que sí, señor. Le pagamos mil dólares a la semana para que lo dé todos los días dos veces: a esta hora y en la sesión de sobremesa. Esto entusiasma a las buenas familias que pueden comprar un automóvil y no se les olvida ya la marca "Nilsson".

—¿No es un poco cara esta propaganda?

—Los tenores cuestan caros, se-

ñor, y más los que pueden dar un *do* de pecho.

Llegaban a casa en aquellos momentos y Mr. Nilsson entró, dando al criado sus guantes y su sombrero, mientras su secretario le seguía de cerca hablándole continuamente de negocios:

—¿Qué contesto a la propuesta de Constantinopla?

—Que no.

—¿Y a los del acero?

—¿A los del acero?... A esos diles que sí.

—¿Y a los del Sindicato del caucho?

—A esos diles que... que se vayan a hacer gárgaras...

El secretario se quedó un poco desconcertado, porque era un poco difícil decir a un sindicato una cosa tan poco delicada, y el Sr. Nilsson, deteniéndose un momento al pie de la escalera, añadió:

—Espera; diles eso de las gárgaras, pero sin que se ofendan... Diles que se vayan a hacer gárgaras, con cierta cortesía, con delicadeza, como si no quisieras decírselo... ¿Comprendes?

—No muy bien, señor; pero trataré de hacer lo que usted me manda.

—Mira, me acaban de dar este cablegrama que es de Nueva York. ¿Qué noticias nos traerá? Vamos,

sube conmigo al despacho y lo leeré. Si no quieren prorrogar nuestro crédito, te quedarás sin empleo, Swanson... ¡y yo también!

—Lo sentiría mucho, señor.

—¿Lo sentirías? ¡También yo lo sentiría! Eso es todo, Swanson, puedes retirarte.

A tiempo que el secretario iba a salir del despacho regio y magnífico de Mr. Nilsson, entraba como una tromba Hedda seguida de Karl, al que llevaba cogido de la mano. Aquel gigantón parecía que no tenía iniciativa ni para andar y que todo lo esperaba de su novia.

—¡Papá, buenos días! — dijo Hedda dando precipitadamente un beso a su padre—. Necesitamos que nos ayudes. Karl y yo estamos enfrentando una crisis tremenda.

—¿Una crisis? — preguntó Mr. Nilsson que tenía el cablegrama abierto y lo estaba leyendo sin escuchar lo que su hija le decía.

—Sí, una tremenda crisis.

—¡Ah... ja!... "Insistimos en el pago inmediato del préstamo o embargamos" — decía el cablegrama.

—Papá, tienes que ayudarnos.

—¿Qué os pasa, tortolitos?

—Karl y yo queremos casarnos.

—¡Ah, esto me parece muy razonable!

—Sentimos una emoción tan

honda al comunicárselo! — dijo Karl que hasta entonces no había despegado los labios.

—Yo también... Me emociona tanto como a ustedes... “El pago inmediato del préstamo”... — se iba diciendo por lo bajo Mr Nilsson.

—Todos estamos emocionados, papá... Pero resuélvenos tú la crisis.

—¿Qué crisis es ésta?

—¡Que no sabemos dónde ir a pasar la luna de miel!...

—¡Ah... eso sí que es una crisis!...

—Enorme, papá. Figúrate que ya hemos estado en París, conocemos Nueva York y Londres... nos aburre Berlín... Europa no tiene nada nuevo que enseñarnos.

—Nada. ¿Qué hacer? — preguntó Karl con acento serio como si se tratara de una conflagración mundial inminente.

—Verdaderamente es un conflicto que no sé cómo solucionarlos.

—Tienes que pensar en algo, papá.

—Bueno, pensaremos... Dime, Karl, ¿cuánto necesitas tú para vivir?

—Unos cuatro mil dólares al mes.

—¿Nada más? Eso quiere decir

que los dos no podéis vivir con menos de diez mil dólares...

—Claro, papaíto. Ya sabes que yo cuestan muy cara. Necesito vestir bien, tener una casa lujosa, dar fiestas... Todo cuesta dinero.

—Tienes razón, hija mía, y ya sabes que nunca te he negado nada... pero esta vez creo que no hay boda.

—¿Qué?...

—Que no hay boda, ¿no lo has oído? No puedo mantener a un yerno de lujo.

—Pero, papá... ¿Tan mal están las cosas?

—Peor. Se me retira el crédito y eso quiere decir la ruina para mí y para mi fábrica... Si queréis casaros, arreglaos vosotros, pero no contéis conmigo.

—No veníamos a pedir dinero para casarnos, sino ayuda para saber dónde pasariamos la luna de miel — dijo Hedda altaiva mirando a su padre con mirada de desafío.

—Sí, señor, no necesitamos dinero para casarnos — añadió Karl como si fuera un eco de su novia.

—¿Queréis decir, pues, que no esperáis que yo pague los gastos?

—Nosotros nos arreglaremos — afirmó Hedda volviendo a tomar a Karl de la mano y llevándoselo.

—¿Qué piensas hacer, nena? — le preguntó el muchacho.

—Tengo una idea estupenda... El amor en una casita de campo, pobre, pequeña, modestísima... ¡Eso sí será una verdadera luna de miel!

—¿Qué dices?

—Razonemos... Espera, voy a llamar a mi camarera. — Presentóse la aludida y Hedda la interrogó:

—Dime, Ana, ¿cuánto cuesta una casita en el campo? Una casita pequeña, que no tenga más que ocho o diez habitaciones...

—Pues vendrá a costar... por lo menos... unos trescientos francos al mes.

—Y a una criada que lo haga todo, ¿cuánto se le paga?

—Sesenta dólares mensuales, señorita.

—¡Oh, magnífico!... ¿Has oido, Karl? Una casita por trescientos dólares y una criada por sesenta, ¿quieres más economías?

—Hedda... es verdad que no es muy caro, pero hasta para esto hace falta dinero... y nosotros no lo tenemos.

—¡Es verdad!... ¡No había caído en la cuenta! ¿Qué haremos, Karl?

—Tu papá...

—¡No! Ya he dicho que no que-

ría dinero de papá. Nos arreglaremos nosotros solos.

—¿Cómo?

—No comprendes que el amor en una casita no es romántico si tenemos dinero? ¡No aceptaremos ni un céntimo!

—Pero algo tenemos que hacer.

—Haremos lo que sea... menos aceptar dinero de papá. Nos ha humillado y no quiero rebajarme ante él... Viviremos como viven los pobres.

—Pero necesitamos comer.

—Los pobres también comen.

—¿Cómo lo hacen?

—¡Trabajan!... — exclamó energica Hedda, decidida a todo.

—¡Es verdad! ¡Trabajan!... No se me había ocurrido... y esto me da una idea luminosa... ¡Me pondré a trabajar!

—Por ahí es por donde debías haber empezado... Claro, tú trabajarás y yo cuidaré de la casa... y seremos muy felices...

—Está bien, trabajaré...

—¡Viva nuestra luna de miel!

— gritó ella con entusiasmo.

—¡Viva! — contestó él sin sentir los arranques que sentía su novia, pues no se le alcanzaba en qué ni cómo podría trabajar.

Y se separaron para comenzar, cada uno de su lado, las gestiones encaminadas a lograr su ideal.

¡A TRABAJAR!

Karl comenzó a buscar trabajo, aunque no se fatigaba mucho para ello. Comenzó telefoneando a todas las redacciones de los periódicos ofreciéndose como repórter y en todas partes le recibían con idéntica contestación:

—Hay demasiados niños bien que quieren ser periodistas. No necesitamos de sus servicios.

Desengañado de aquello telefonó a varias fábricas ofreciéndose como operario, pero le preguntaban donde podían informarse, los años que había trabajado en otra casa, la experiencia que tenía y, como a nada de todo aquello podía contestar satisfactoriamente, se le despedía con maneras no muy finas.

—Un buen operario gana cien dólares a la semana; pero usted no nos sirve para nada...

Vista la escasa aceptación que tenía su oferta, Karl llamó por teléfono — hubiera sido para él sa-

crificio superior a sus fuerzas ir a pie en busca de trabajo — a la agencia de los "Mensajeros" y se ofreció como uno de tantos.

—¿Desea usted ser mensajero?

—Sí, señorita — contestó Karl a la telefonista.

—¿Tiene usted experiencia?

—No, señorita... digo, sí... Bueno, ¿es que un mensajero también necesita experiencia?

—¡Naturalmente!... Necesita conocer todas las calles de la ciudad y el itinerario más corto para recorrerlas y necesita, además, saber conocer cuál es un recado "serio"... y cuál no lo es, ¿comprende? Y eso sólo se adquiere con una larga experiencia... Ya veo que usted no la tiene.

—Pero si no me dan ocasión de que me experimente, jamás lograré la experiencia que todos me exigen! — exclamó Karl en un ras-

LA DONCELLA DE POSTIN

go de ingenio del que nunca se le hubiera creído capaz.

—Vaya a ensayarse a otra parte... y luego vuelva, quizás entonces podremos admitirle.

Karl dejó el auricular desalentado y se quedó hundido en el sillón, sin fuerzas para seguir buscando un trabajo que parecía escabullirse de entre los dedos.

Su suegro futuro, que le estaba mirando con commiseración, le preguntó, poniéndole una mano sobre el hombro:

—Karl, se me ocurre una cosa, ¿puedes dar el do de pecho?

Karl le miró con asombro.

—Sí, pero resulta horrible... Hasta los gallos se asustan.

—Entonces creo que lo mejor que podéis hacer es dejar eso del matrimonio por ahora... Si las cosas se arreglan...

—¿No casarnos? Hedda jamás lo consentirá... Yo no tendría inconveniente en aguardar en vista de tantos obstáculos; pero a ella los obstáculos todavía la enardecen más y más.

—Entonces, hijo, allá os arregláreis; pero yo ya os he dicho que no puedo ayudaros.

Unos grandes sollozos que salían de algún pecho destrozado por un enorme dolor — enorme debía ser según eran ellos de fuertes y es-

truendosos — vinieron a interrumpir a los dos hombres que se miraron asustados a tiempo que entraba la cocinera, una mujer voluminosa, enorme, gigantesca, que venía enjugando sus ojos con el delantal y agitando su gorro blanco con aquejitos quejidos que sin duda debía haber aprendido de las aves y lechoncillos muertos en sus manos de fiera carnícera.

—¿Qué le pasa? — le preguntó Mr. Nilsson.

—Vengo a decir al señor que me marché de esta casa.

—¿Por qué?

—Me marché por culpa de la señorita.

—¿De la señorita? ¿Y qué le ha hecho la señorita?

—¡Está en la cocina! — gimió la cocinera arreciando su llanto.

—Ella es muy dueña de estar donde mejor le plazca.

—Sí; pero no en la cocina... donde no hace nada más que estorbar.

—Pero estás segura de que Hedda está en la cocina?

—Segurísima, señor... Jamás vi tanta ambición y tan poca maña. No sabe hacer nada, señor, nada... y se empeña en hacerlo todo...

—Vamos, vamos allá a ver qué ocurre.

Entre una docena de cacerolas,

ollas, escurrideras, amasadoras, estaba Hedda llorando, sino con el ruido que hacía la cocinera, casi con el mismo desconsuelo que ella. Tenía las manos llenas de masa y los lagrimones se le escurrían por las mejillas sin que ella pudiera detenerlos ni enjugarlos.

—Alma mía, ¿qué te pasa?

—Quería darte una sorpresa, papá...

—¡Ya me la has dado, hija, ya me la has dado! Pero, ¿por qué empeñarte en guisar si jamás has sabido hacer nada?

—¡Oh, papá! No puedo consentir que Karl trabaje como un esclavo y luego venga a casa a...

—Pero es que aun no he logrado colocarme, Hedda... — dijo Karl avergonzado de sí mismo.

—Ni tú eres capaz de guisar, ni de coser, ni de llevar el gobierno de una casa, ni de cuidar a un bebé.

—¡No tengo ningún bebé!... — gimió con más fuerza Hedda ante el sacrificio de *alabanzas* que le dedicaba su padre.

—Pero lo tendrás si te casas, hija mía...

—Bueno, ¡dejadme en paz!... No quiero oíros más... ¡Iros a paseo!... — dijo Hedda levantándose y quitándose el delantal con coraje.

—Apenas nos hemos enamorado y ya comienzan las dificultades...

—dijo Karl asombrado de que la vida fuera tan dura para los que se amaban.

—Eres un estúpido — replicó Hedda—. Papá pierde su dinero... no puede ayudarnos... y todavía me dice que no sirvo para nada... Yo demostraré todo lo contrario... ¡Ya vais a ver de todo lo que soy capaz!

Echó a correr y salió de la casa sin que fueran bastante a detenerla ni los gritos de su padre ni las súplicas de su novio que la siguió unos momentos; pero como no estaba acostumbrado a correr, tuvo que desistir pronto de la empresa y sentarse en un sillón del salón a descansar, porque el esfuerzo había sido para él demasiado enorme.

* * *

Mr. Nilsson estaba sencillamente desolado. Tomó el teléfono, llamó a la delegación de policía y llamó al Comisario. No acertaba a explicarle cómo había desaparecido su hija de casa. Le hablaba balbuceando, emocionado, nervioso.

—¡Oh, señor Comisario!... es preciso que den con ella... Sí, ha salido hace ya algunas horas... Llevaba un traje de "soirée"... Es menudita, delgada... y tiene el pelo rojo... y los ojos azules... Sí, sí... ¡Ah! Espere un momento. Me entregan ahora una carta; quizás sea de ella...

Mr. Nilsson leyó unos cortos renglones escritos por Hedda que decían:

"No me verás durante tres meses... Para esa fecha podré ca-

sarme. Yo voy a aprender a trabajar y Karl, entretanto, encontrará un empleo. Como lo primero que he de saber es economizar comienzo mandándote este telegrama para que lo pagues tú. ¡Abrazos, abrazos, abrazos! Hedda."

—Señor Comisario — volvió a decir Mr. Nilsson acercando su boca al receptor—. Hemos tenido ya noticias de ella... No hace falta que la busquen. ¿Dónde vas, Karl? — preguntó a su futuro yerno viendo que se disponía a salir.

—Tengo muchísimo quehacer en los próximos tres meses. No quiero que sea Hedda la que trabaje... Me voy a trabajar yo también.

—Esos chicos se han chiflado — se dijo Mr. Nilsson al quedarse solo.

EN BUSCA DE EMPLEO

Llevaba una carta de recomendación concebida en estos términos:

"A quien pueda interesarle: Helga Brand ha estado a mi servicio durante varios años. La recomiendo muchísimo. Es honrada, muy trabajadora y no tiene malos hábitos. Hedda Nilsson. Post Data. Trabaja mejor si la tratan con consideración."

Hedda, convertida así en Helga Brand, recorrió varias agencias de colocaciones en busca de un puesto de camarera o de ayudanta de cocina; pero no lograba encontrar nada que pudiera convenirle y, naturalmente, como estaba decidida a hallarlo, comenzó de nuevo a recorrer las mismas agencias, incansablemente.

Al entrar por décima vez en una de ellas halló a una señora que estaba pidiendo una camarera de apariencia aristocrática. Helga se estiró su chaquetita, se arregló la

boina, se puso en actitud distinguida y miró a la dama para que se fijara en ella y la tomara a su servicio. Pero la dama, después de darle una mirada escudriñadora, le replicó:

—No me conviene usted, es un tipo demasiado vulgar.

Helga se mordió los labios y sonrió con una sonrisa de conejo que disimuló su mal enojo.

Cuando la señora se retiró, Helga se acercó al agente de colocaciones y le dijo con el tono más amable posible:

—Soy Helga Brand, la recomendada de la señorita Nilsson.

—Ya estuvo usted aquí ayer.

—Sí, señor, y anteayer y la semana pasada...

—¿Y por qué vuelve? Ya le dije que la mandaría a buscar si la necesitaba.

—Sí, señor, eso me dijo usted...

—Entonces, ¿a qué viene?

LA DONCELLA DE POSTIN

—A ver si se impresiona con mi personalidad. No encontrará usted fácilmente doncellas tan distinguidas como yo.

—Es inútil. Ahora no tengo nada para usted. Si se presenta algo ya la avisaré.

Helga salió a la calle, dejando olvidado sobre el mostrador un paquetito que traía en la mano. Salió preocupada y no se fijó en un señor que acababa de entrar en la agencia, pero sí se fijó en el automóvil, del que había descendido el señor y en el que el chofer estaba buscando atentamente algún desperfecto que tenía el motor. Helga se acercó y atisgó indiscreta, con curiosidad, queriendo averiguar qué era lo que le pasaba.

—¿Sabes arreglar el carburador? —le preguntó el chofer de mal talante.

—Yo creo que no es el carburador lo que está estropeado, sino el encendido.

El chofer se volvió a mirarla y le dió un tremendo pisotón, porque la chica se había puesto tan cerca de él que no pudo dar un paso sin tropezar con el pie diminuto de la doncellita.

—¡Ay!... ¡Qué atrocidad! ¡Podría usted mirar donde pone los

pies! Valiente pisotón me ha dado usted.

—¿Quién la manda meter las narices en mi carburador?

—No es el carburador; es el encendido... y usted es un malcriado.

—Y usted una chica tonta... ¿Qué entiende usted en motores?

—De buena gana le daría unos azotes...

—Y yo a usted, ¡so malcriado!

Helga volvió la espalda y entonces se dió cuenta de que había dejado olvidado en la agencia su pequeño paquete, el cual había desprendido la curiosidad y el susto del agente y de su cliente al ponerse a sonar un misterioso timbre que salía del envoltorio.

—¿Qué será eso? — preguntó con miedo el agente.

—Parece un despertador —contestó el señor.

—No; más bien creo que es una bomba...

—¿Alguien le quiere a usted mal? Yo sigo creyendo que eso es un despertador.

—No, no, es una bomba... La ha dejado aquí una chica que viene a buscar empleo y que me quiere mal porque no puedo dárselo...

—Como que yo creo que eso es un despertador, me lo llevo. Veré si encuentro a su dueña en la calle.

El buen señor salió a tiempo que Helga llegaba en busca de su paquete.

—¡Ah! — exclamó al verlo en manos del caballero —. ¡Es mi despertador!

—¡Ya decía yo que eso no era ningún artefacto de mal agüero!... Es lo que yo dije: un despertador. Así siempre se despertará usted temprano.

—Por eso lo compré —replicó Helga, sonriéndole con su sonrisita cariñosa e insinuante.

—¿Anda usted en busca de trabajo?

—Sí, señor. Quiero entrar de doncella en alguna casa distinguida.

—¡Ah!... ¡Precisamente es usted el ideal de lo que yo busco!

—Señor —interrumpió el chofer muy molesto con la conversación que su amo dispensaba a aquella muchachita, entrometida y antipática —. No olvide que hemos de ir a buscar a la señorita Sigrid.

El caballero no hizo caso a su chofer y siguió preguntando a la muchacha:

—¿Conoce usted los quehaceres domésticos?

—A la perfección.

—Pues queda usted colocada. Suba a mi automóvil. Eric, ¡qué

felices vamos a ser!... ¡Qué suerte hemos tenido!... ¿Cómo se llama usted, señorita Despertador?

—Helga.

—A mí me gusta más llamarla señorita Despertador... Vamos, Eric, vamos a buscar a la señorita Sigrid y a la señora Hanson. ¡Ahora vamos a ser una familia feliz!

Helga se sentó al lado del chofer que le lanzaba fulminantes miradas de desprecio, mientras ella iba muy orgullosa y satisfecha por haber encontrado, ¡por fin!, el trabajo que buscaba.

—Se cree usted muy lista, ¿verdad? Pues me parece que no durará mucho — le dijo el chofer sin mirarla y en voz baja.

—Eso lo veremos... Hace mucho calor aquí, reduzca la gasolina...

—Yo sé cómo se ha de tratar al motor. ¡No se meta donde nadie la llama!

—Me abraso los pies.

—Pues aguántese.

Se detuvieron ante un Instituto de belleza y Eric bajó para llamar a la señorita Sigrid. Salió ésta coqueta y bella y transformada, y se paró ante Eric, que era un apuesto mozo, preguntándole con intención marcada:

—¿Qué tal estoy, Eric? ¿Verdad que parezco otra?

—No noto cambio alguno en la señorita.

—¿No?... ¿No te has fijado?... Mírame, cejas nuevas, labios nuevos, pestañas nuevas... ¡Qué ciego estás!... Dime, ¿y quién es esa? — preguntó señalando con disimulo a la muchacha que estaba sentada en la delantera del coche.

—No tengo la menor idea. Es obra de su papá, señorita Sigrid. No sé de dónde la ha sacado.

Sigrid subió al coche y se sentó al lado de su padre, después de haber dirigido a la doncella una mirada recelosa: le parecía demasiado bonita aquella chica para estar en su casa.

—Tu mamá quiso que fuera yo el que buscase a la doncella.

—¡Y tú la buscaste!... ¡Pues te has lucido!... No tiene estilo... ni referencias...

—Pero tiene un reloj despertador magnífico que suena muy bien.

—Sí, también tenía despertador la última y nos robó toda la vajilla. No me gusta esa chica.

El chofer, que escuchaba la conversación de padre e hija, verdaderamente complacido, dijo por lo bajo a su compañera:

—Creo que no va a durar mucho tiempo en la casa.

—Es usted de una amabilidad

que abochorna. ¡Todos los criados le quieren a usted como yo! —le preguntó con sorna e ironía Helga.

Sigrid tomó la bocina y habló al chofer en tono energético:

—Eric, vamos a buscar a mamá y luego dejará a esa chica en el mismo lugar donde la encontraron.

—Está bien, señorita —contestó Eric. Y mirando luego a Helga, añadió: — He tenido mucho gusto en conocerla. Ya le decía yo que no tardaría mucho tiempo en ser despedida.

Helga se mordió los labios y no contestó ni miró a aquel chofer con el que no simpatizaba en absoluto.

El coche recorrió unas calles, dió vuelta a varias esquinas y se detuvo finalmente ante otra tienda de la que salió la señora Hanson y se encaminó al auto para subir y sentarse al lado de su esposo.

—¿Es la nueva doncella? —preguntó, mirando con simpatía a Helga.

—La ex nueva doncella, señora —replicó ésta con cierta ironía.

—¡Qué sabe papá de doncellas! No sé cómo le confías a él la busca de nuestro servicio... Esta muchacha no tiene estilo, ni tiene maneras, ni es bonita...

—A mí me parece encantadora... Estaba en la agencia con un

reloj despertador, y eso es garantía de que siempre se levantará a tiempo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó la señora Hanson, que era benévola y amable.

—Helga Brand.

—¿Le gustaría trabajar en mi cocina?

—Sí, señora; la cocina, precisamente, es lo que domino —replicó Helga con audacia.

—Pero, mamá... —intervino Sigrid a la que no gustaba que aquella muchacha tan bonita se metiera en su casa — ¡si no tiene referencias!...

—¡Ah... pero tiene una sonrisa!... —exclamó el señor Hanson, que encontraba todas las gracias a la nueva doncella.

—Veamos, Helga, ¿tiene usted referencias?

—Sí, señora, aquí están, son de la señorita Nilsson. —Y Helga le alargó la carta escrita por ella misma, recomendándose como una doncella de mucho valer y larga experiencia.

—Está bien. Podemos probar si a usted y a mí nos conviene. Por el momento queda usted a mi servicio.

El señor Hanson se pasó la lengua por los labios como si saboreara un plato exquisito, a tiempo que Sigrid hacía un mohín de despecho y Eric miraba con enojo a aquella doncellita que se había atrevido a criticar sus trabajos y sus conocimientos en la mecánica, de los que estaba muy orgulloso.

LOS PRIMEROS ENSAYOS

—Usted entrará por la puerta del servicio —dijo Eric a Helga a tiempo que ésta, olvidada de su categoría, iba a descender ante la entrada principal del palacete de los Hanson. —Y yo le presentaré a sus compañeras.

Entraron los dos en la cocina en donde Ana, la cocinera y Olga, la ayudanta, recibieron con desagrado a la nueva compañera, con esa hostilidad que se muestra siempre a todo recién llegado cuando pisa un terreno del dominio ajeno.

—Esta es la nueva doncella... y creo que le gusta mucho trabajar.

—¿Sí? Pues esta noche no te faltarás trabajo, paloma.

—Ni esta ni ninguna... —dijo Olga, mostrando todos los platos y vasos que había que limpiar. —Tú harás todo lo que yo no haga...

—Sí, Helga parece muy fuerte —dijo Eric, mostrando la figurilla

fina y delicada de la joven y riéndose de ella.

—Ven, ven, yo te enseñaré tu cuarto — intervino la cocinera. —No hagas caso a éhos que siempre tienen ganas de bromear. Dormiremos tú y yo juntas en la misma habitación. Yo tengo el sueño pesado... pero no te molestaré mucho.

La cocinera mostró a Helga la habitación y la dejó sola en ella para que pudiera ponerse el uniforme y arreglar el equipaje.

Cuando la nueva doncella fué de nuevo a la cocina, después de haber atendido a la señorita que la había obligado a guardar todos sus trajes y a poner en orden toda la habitación, se encontró que ni Ana ni Olga estaban en ella. Sólo el chofer acababa de cenar mientras leía el periódico.

—¿Dónde están? — preguntó Helga mirando a todas partes.

—Se han ido a dormir. Estaban muy cansadas y como a usted le gusta mucho el trabajo, se lo han dejado todo...

Helga se levantó las mangas sin hacer caso de la ironía con que le hablaba Eric, y comenzó a lavar los platos, canturreando a media voz para darse ánimo.

—Si yo fuera un caballero, te ayudaría galantemente... pero como no lo soy, ¡te fastidias! Así aprenderás a trabajar...

Helga arreció su canto haciendo ver que no oía a Eric y éste continuó leyendo su periódico mientras engullía los últimos bocados.

—Eres una artista con los platos—dijo Eric tras un breve silencio—. ¡Qué bien abriste aquella lata de sardinas!... Mira cómo ha quedado el tenedor de plata que usaste para ello... Si haces muchas cosas así te aseguro que no estarás ni una semana entre nosotros... y yo ¡encantado!... Toma, más platos, para que te vayas practicando. A las muchachas pretenciosas como tú hay que darles oportunidades para que se luzcan... y no me negarás que nosotros “te las damos”.

Eric dejó sobre el fregadero la vajilla que él había manchado y salió al jardín, atravesó el paseo y se metió en el pabelloncito que le

estaba destinado. Helga atisbó por la ventana, viéndole partir, y se puso con más furia a lavar todo aquel montón de platos y cubiertos que la asustaba.

Cuando terminó estaba rendida y marchó a acostarse. La noche era clara y serena. Por la ventana de la habitación en la que Ana roncaba apaciblemente, entraba la luna, iluminándolo todo con su resplandor de plata. Helga, vestida con su pijama de seda que daba a su silueta infantil una belleza de hada, se asomó a contemplar la belleza de la noche y le llamó la atención la luz que salía del pabellón de Eric. ¿Qué estaría haciendo hasta tan entrada la noche? Le veía a través de los cristales y le veía muy ocupado en alguna labor que debía interesarle mucho, pero Helga no acertaba a comprender qué era lo que el chofer estaba haciendo. Cerró los cristales y se acostó, durmiéndose en el acto, rendida por la fatiga.

Pero entonces comenzó para ella una verdadera tortura. Tuvo un sueño de pesadilla. Soñó que se congregaban a los pies de su cama todos los cacharros, platos, cubiertos, cuchillos y vasos que ella había lavado aquella noche y que, presididos por un enorme huevo, que era

el fiscal acusador, abría un juicio contra ella. El huevo la acusaba entonando un cántico con una voz potente, de bajo profundo, que tenía mucho parecido con los ronquidos de la cocinera, y los demás contestaban acusando siempre a la nueva doncellita que tan mal les había tratado.

—Yo era bella y airosa antes de que entrase en esta casa esa mujer —decía el tenedor con el que ella había abierto la lata y que mostraba ahora sus púas retorcidas como un tirabuzón.

—Yo tenía un filo agudo y perfilado... y ahora soy como una sierra—añadía un cuchillo.

—Yo tenía una superficie brillante y magnífica... y ella me ha abollado—acusaba una cuchara.

—Y a mí me ha dejado con tanto hollín que podría tiznar todo su cuerpo si me diera la gana.

—Y a mí me ha roto un asa.

—Y a mí me ha deportillado.

—¡Ha destruído nuestra belleza!... ¡La acusamos!...

—¡Acusada!... ¡Despierta y déjate! —rugía el señor huevo que hacía equilibrios sobre la baranda de la cama.

Helga soñaba que despertaba y que pedía clemencia, prometiendo darles mejor trato y diciéndoles que

estaba arrepentida de todo aquello, pero que era la primera vez que lo hacía y que, aunque admitía su culpabilidad, imploraba misericordia.

Tras una larga deliberación entre todos los cacharros, acordaban perdonarla y el señor huevo leía la sentencia de libertad y daba por terminado el juicio.

Cuando hubieron desaparecido todos aquellos diablillos, Helga pudo dormir confiada y tranquila... hasta que su despertador la despertó con un sobresalto agudo. Se incorporó en el lecho, saltó de la cama y miró a Ana que también se estaba restregando los ojos.

—¡Oh!... ¡qué elegante duerme usted!—dijo la cocinera al ver el pijama de seda de Helga.

—Sí, elegante, muy elegante... siempre duermo así —exclamó ésta turbada y sin saber qué explicación dar.

Pero Ana no se la pidió. Había movido su humanidad enorme entre las sábanas, bajo las cuales parecía que se removía un océano de carne, y, sentándose al borde de la cama comenzó a deshacer los papiollos que llevaba cogidos al pelo, mientras decía, bajando los ojos con un rubor de niña:

—He dormido muy mal esta noche... ¡He soñado tanto!

—¿Ha soñado? ¿Y de qué? — preguntó Helga, temiendo que no hubiera tenido el mismo sueño que ella.

—¡De amores!... ¡Es terrible!... ¡No me dejaba dormir!...

—¿Está usted enamorada?

—¡Ay, hija mía!... ¿Qué mujer no lleva escondida en su corazón una historia de amor? A mí me trae loca el cartero... ¡Si vieras qué bien está montado en su bicicleta!... Pero otro rato te hablaré de mis amores... ahora hemos de darnos prisa. Anda, tú llevarás el desayuno a la señorita Sigrid; yo te lo preparo.

Se vistieron rápidamente, poniéndose Helga su uniforme que le sentaba a maravilla. Cualquiera hubiera dicho que toda la vida había llevado el vestidito negro y el delantalillo de encajes y la cofia sobre su cabecita de pelo rizado.

Con la bandeja en las manos entró en la alcoba de Sigrid, una alcoba rica y adornada con gusto, que le recordó un poco la que ella tenía en casa de su padre. Corrió las cortinas dejando que el sol de la mañana penetrara de lleno en la habitación y luego se acercó a la cama, preguntando con finos modales, aprendidos de las doncellas que ella había tenido a su servicio:

—¿Quiere café, señorita Sigrid?

—Mucho café y muy poca leche.

—¿Y azúcar?

—No me gusta el almíbar... No quiero azúcar.

Le preparó el café con leche como Sigrid deseaba y entretanto, la señorita, que estaba un poco celosa de su doncella, porque le parecía excesivamente bonita para estar a su lado, no cesaba de mirarla y admirarla, tratando de encontrarle algún defecto.

—¿Eres casada? — le preguntó para entrar en conversación con ella.

—No, señorita.

—¿No estás prometida?

—Sí, estoy prometida formalmente.

—¿Y qué hace tu novio?

—Mi novio? No sé... Creo que ahora es mensajero, pero no estoy segura.

—¿Hace tiempo que no le ves? — preguntó extrañada Sigrid ante la incertidumbre de la novia.

—No, no, señorita, hace muy poco, pero es que... entonces estaba sin trabajo y me dijo que probablemente entraría de mensajero.

—¿Y a ti qué te parece Eric?

—¿Quién es Eric? — preguntó a su vez la doncella, haciéndose la desentendida.

—Mi chofer. ¿Te parece simpático?

—No me he fijado en él... No me ha llamado la atención... — contestó con un gesto de indiferencia y desprecio que gustó a Sigrid, porque así le pareció que la doncella no ocuparía la atención de Eric, que a ella le resultaba sumamente simpático.

—Bien. Oye, Helga, me vas a planchar un vestido. Esta noche voy a la ópera... ¿Qué ópera darán?

—Esta noche dan "Carmen", señorita Sigrid.

—¿Y tú cómo lo sabes? — preguntó admirada la señorita.

—Ah!... es que... ¡era acomodadora!...

—Ah!... Pues para "Carmen" quizás estaría bien el de color naranja. Abre mi ropero, ¡veamos!

Helga abrió el ropero y tomó el vestido naranja, mostrándoselo a la señorita, que dijo con disgusto:

—No, quizá sea mejor el amarillo.

Helga tomó el que le indicaban, pero tampoco pareció complacer a Sigrid.

—¿Cuál te pondrías tú? ¿El de raso blanco o el de encaje verde? No, creo que estará más en consonancia el rojo fuego... Mira, pláncalos todos... luego decidiré...

Helga, con el montón de vestidos en los brazos, asustada ante el trabajo que se le esperaba, mirando aquel mar de encajes y gasas y sedas, marchó por el pasillo camino de la cocina. Pero ella no sabía que aquello era sólo el principio.

Al pasar ante la puerta de la habitación del señor Hanson, éste salió a su encuentro y le preguntó con aquella sonrisa amable que le atacaba los nervios:

—¿Está usted muy ocupada?

—Pssé... un poquitillo nada más — replicó Helga, mostrando el montón de trajes que llevaba en brazos.

—Pues me vas a limpiar estas botas y me plancharás esta camisa.

—Y a mí me vas a lavar esta bata — añadió la señora Hanson, dándole al mismo tiempo una magnífica bata de seda que, con ella sola, ya hubiera tenido Helga trabajo para quince días.

Cargada con todo aquello, sin apenas ver dónde ponía los pies, bajaba Helga las escaleras a tiempo que penetraba en el hall la sobrina de los señores Hanson con sus dos hijitos, dos encantos de criatura, pero más malos que la peste bubónica. Habían ido a dar un paseo en el automóvil y Eric llegaba con la corbata deshecha, el pelo en des-

orden, la gorra puesta al revés, la guerrera desabrochada y el pantalón arrugado y roto por varios sitios. Parecía llegado de los campos de batalla. Cuando vió aparecer a aquella pizpireta doncellita, por la que no sentía ninguna atracción, pensó que fácilmente podría fastidiarla y, como si lo dijera con toda su ingenuidad, dirigiéndose a la mamá de aquel par de angelitos, propuso:

—La doncella podrá cuidar de los niños, mientras la señora encuentra niñera.

—¡Oh, sí, encantada!... Son muy dóciles, verá usted como no la darán ningún trabajo.

—¡Muy dóciles!—añadió Eric, mostrando su “toilette”, prueba irrevocable de la docilidad de los chiquillos.

—Yo no me quiero quedar con esa tonta...—exclamó el niño.

—Anda, tonto, vamos a perseguirla ahora que va con las manos cargadas y no nos puede pillar...—propuso la nena, que tenía más ingenio.

Comenzaron a correr tras Helga que huía de ellos para que no le destrozaran los vestidos de Sigrid y sólo después de una verdadera carrera pudo encerrarse en la cocina y dominar a aquellas peque-

ñas fúrias, mientras Eric reía con todas sus ganas la mala pasada que había jugado a la doncellita burlona.

—Eso que habéis hecho conmigo ha sido una mala acción—les dijo, reprendiéndoles.

—¡Mejor!... ¡Tú no nos quieras, y nosotros tampoco te queremos a ti!—dijo el niño con descaro.

—Quizás algún día llegaremos a ser buenos amigos.

—¿Amigos tuyos? ¡Nunca! ¡No me gustan las doncellas!—afirmó el pequeño con aire de suficiencia.

—Ni a mí los niños respondo-nos.

—¡Me quiero ir a casa!

—Pues, ¿por qué no te vas y me dejaréis tranquila?

—Porque mamá se enfadaría con nosotros.

—Entonces vais a ser buenos, si no no os contaré ningún cuento.

Los niños parecieron aquietarse un poco ante la promesa del cuento y Helga pareció reconfortarse, aunque no estaba muy tranquila porque aquellos diablillos le daban harto miedo.

La noche fué todavía peor. Ya estaban todos acostados cuando unos gritos agudos que venían del cuarto de los niños pusieron en sobresalto a la doncella aprendiza.

Saltó Helga de la cama, se echó una bata y marchó a ver lo que les ocurría.

—¡Iiiiih!...—gritaban los niños.

Helga iba a abrir la puerta cuando la voz del muchachito la detuvo.

—Lo hemos hecho muy bien—decía a su hermana—. Volvamos a gritar.

—¡Iiiiih!—gritaron de nuevo.

—¡Otra vez!—animaba el niño.

—No, que estoy cansada—replicó la nena..

—Eres una melindrosa; si no gritamos nadie vendrá a hacernos compañía. Anda, ánimate... A la una... a las dos... a las tres...

—¡Iiiiih!...

La puerta se abrió antes de que pudieran terminar su chillido estidente y Helga, seguida de Eric, que también había acudido a ver qué era lo que ocurría, penetró en el cuarto de aquellas dos fierecillas en ciernes.

—Os he oído cantar y como lo hacéis tan bien he venido para escucharos más de cerca—les dijo Helga con la calma más absoluta.

—¿Te ha gustado? ¡Pues volvamos a chillar! ¡Iiiiih!... ¿Así te gusta? Así aprenderás a atendernos. A nosotros no se nos puede dejar solos.

—Muy bien, por esto he venido.

—¿Nos odias aún?

—No, vuestros cánticos han aplacado mi odio. Me encantan los niños que saben cantar tan bien y que tienen tan buena voz.

—¿Te burlas de nosotros?...

—¡Dios me libre!...

—Cuéntanos un cuento, anda.

—Si os estáis quietos os contaré uno maravilloso.

Los niños se acomodaron y Helga se sentó en una silla junto al lecho, mientras Eric se sentaba en la misma cama, dispuesto a escuchar también aquel cuento de maravilla que Helga había anunciado.

—Pues, señor—comenzó ésta—, érase una vez una joven muy rica y muy linda que se llamaba Helga

—¿Eres tú?

—Yo también me llamo Helga... pero este no es mi cuento... Sígamos. Aquella joven se enamoró locamente de un hombre que era como ella rico y con el que se avenía muy bien.

—¿Se llamaba Eric?—preguntó la nena con ingenua malicia.

—No; se llamaba Karl. Como que la muchacha no quería ser una esposa imperfecta, sino que estaba empeñada en ser una buena ama de casa y saber lavar la ropa y los platos y cuidar a los niños para hacer así de su hogar un hogar ver-

daderamente feliz, se puso de doncella para aprender a hacer todas aquellas cosas que en su casa nadie le había enseñado. Y cuando ya lo supo hacer todo a la maravilla, fué y se casó con Karl y fueron siempre muy dichosos, muy dichosos.

—No me ha gustado ese cuento... Eric, cuéntanos tú uno.

—Como cuento no está mal ese que os acaba de contar Helga. Pero no olvidéis que no es más que un cuento. Sólo en los cuentos las millonarias se ponen a hacer de doncellas.

—Bueno, eso no nos importa; cuéntanos tú el cuento...

—Erase que se era un mecánico que estaba locamente enamorado de Minnie.

—¡Todos los cuentos comienzan igual! — exclamó la nena bostezando y frotándose los ojos que comenzaban a cerrarse por el sueño.

Eric miró a Helga y le hizo un gesto de inteligencia, como diciéndole: "Ya pronto se dormirán y nos dejarán en paz", y siguió su historia:

—Minnie era una encantadora canoa automóvil, que podía andar a sesenta millas por hora sin mojarse, saltando verdaderamente por encima del agua.

—¡Qué romántico! — exclamó Helga en un tono un poco burlón.

—Aunque había quien no tenía fe en Minnie, el mecánico la adoraba y estaba seguro de que pronto, muy pronto, habría por el mundo centenares de miles de Minnies y que él se haría millonario con su invento y podría dejar de trabajar para pasear a su gusto en la mejor y la más hermosa de todas ellas...

Los niños, en el transcurso de aquella historia que no les interesaba poco ni mucho, se habían dormido profundamente y Helga y Eric pudieron salir, de puntillas y en silencio, de la habitación de los niños.

—¡Por fin nos han dejado! — exclamó Helga riendo.

—¿No ha creído usted la historia de Minnie?

—Sí; yo todo lo creo.

—Venga y se la voy a presentar... La he construido yo. Ahora no es más que una miniatura, pero antes de un mes habré hecho el modelo mayor y podré ir a probarla al lago.

Helga, a la que el sueño no atormentaba, marchó con Eric, cruzando el camino del jardín que separaba de la casa grande el pabellón del chofer.

—¡Qué noche tan bella! — sus-

piró Helga, deseando permanecer en aquel lugar más tiempo, y gozar junto a Eric, que comenzaba a interesarle más de lo necesario, de la noche esplendorosa y fresca, cuajada de estrellas y diáfana con la luz de la luna que tamizaba las sombras y llenaba el jardín de romanticismo. Pero Eric pensaba sólo en su Minnie y la hizo caminar hasta su cuarto en el que trabajaba durante las horas de la noche con un afán nunca agotado.

—¿Ves mi lancha? Por medio de este sistema de lubricación, se consigue el máximo de velocidad, y gracias a la disposición de la hélice puede correr sin que jamás el agua salpique a sus ocupantes y venga a mojar el motor, obligándole a moderar su empuje.

—¡Oh, qué interesante!... Y ¿es usted el que ha inventado todo eso?

—Sí, yo mismo — contestó Eric satisfecho de la admiración que mostraba Helga —. Ahora no extrañarás que te tratara tan mal el día en que quisiste darme lecciones de mecánica... Perdóname... pero cuando dudaste de mis conocimientos de ingeniería fué como si insultases a mi mujer... Minnie es para mí como una amante; ella tiene todos mis desvelos y todas mis preferencias. Creo que si fuera una mujer

no laaría querer más de lo que la quiero. Y es porque ella es mi obra.

—¡Orgulloso!

—Quizá... pero ¿no tengo motivos para ello? Prefiero ser millonario después de haber sido chofer, que no como la muchacha de tu cuento, millonaria primero y doncella después.

—¡Bah!... ¡Tonterías de cuentos! ¿Quién hace caso de ellas? — dijo Helga indiferente, queriendo hacer olvidar su imprudente relato.

Eric se la quedó mirando y entonces comprendió que Helga le gustaba más de lo que él creía. Era una chiquilla deliciosa; tan joven, tan fresca, tan jugosa, como fruta madura y rara... La doncellita se dió cuenta del efecto que causaba al chofer, y se puso más coquetuela que de costumbre.

—¿Estás casado? — le preguntó.

—No. Toda mi compañía, toda mi familia, todos mis amores, están condensados en Minnie. No dejaría a Minnie ni por la mujer más bella ni por la más poderosa de toda la tierra.

Aquellas palabras cortaron el idilio que, de no haber sido pronunciadas, acaso se hubiera inicia-

do. Helga se levantó bruscamente, herida por ellas, y dijo a Eric:

—Buenas noches... Que te aproveche tu Minnie...

—Ella arrullará mis sueños—le contestó Eric con un tonillo un tanto irónico.

Helga corrió a su cuarto en donde Ana, como de costumbre, roncaba, llenando el aire de sonidos medrosos y atormentadores, y se sentó ante el pupitre para escribir a su novio en venganza del desprecio que aquel estúpido de chofer le acababa de hacer sufrir.

“Querido Karl”—comenzó. Luego se quedó pensando mucho rato, mucho rato, sin saber qué decirle, y de pronto, como si tuviera una inspiración sublime, rasgueó veloz-

mente el papel y puso: “Te quiero, te quiero, te quiero”.

Pareciéndole bastante elocuente la misiva, firmó y la cerró en un sobre, acostándose tranquila, feliz, porque la venganza es el placer de los dioses, y ella estaba segura de haberse vengado con aquella carta de Eric, del antipático Eric.

Se durmió profundamente y tuvo aquella noche sueños en los que, mezclado a los chillidos de los niños, oía el ruido del motor de una lancha que se deslizaba veloz sobre unas aguas que no parecían removidas por ella y, entre el sonido de besos y caricias, escuchaba la voz de Eric que decía: “Minnie es mi mujer y es a ella a quien yoquiero, a ella sola...”

INQUIETUDES PATERNAS

El señor Nilsson estaba desconsolado con la partida de su hija y había hecho todo cuanto había estado en su mano para averiguar el paradero de la muchacha.

Cuando supo que estaba sirviendo en una casa su desesperación llegó al colmo y, como hacía siempre que estaba verdaderamente desesperado, después de beberse tranquilamente una copa de buen Brandy, llamó a un detective para hacerle algunas indicaciones:

—Quiero que averigüe usted lo que, hora a hora, hace mi hija.

El detective trabajaba de siete de la mañana hasta las diez de la noche, hora en que venía a traerle el reportaje diario y a dar al inquieto padre pruebas de que el régimen de vida que Helga se había impuesto por amor, daba excelentes resultados.

—Le puedo garantizar que es fe-

liz—le dijo el detective la noche que hacía cuarenta y siete desde que habíase encargado de aquel servicio.

—¿Que es feliz haciendo de doncella?

—Completamente feliz.

—¡Es inexplicable!... Cuando estaba en casa no sabía ni abrocharse ella sola ni los vestidos de noche que no llevan ningún botón...

—Pues puedo afirmar que ahora lleva con gran coquetería su uniforme que, por cierto, tiene muchos botones.

—¡Incomprensible!... ¡Incomprensible! — exclamó el señor Nilsson como si escuchara las cosas más extraordinarias que pudieran serle reveladas.

—Incomprensible será, pero no por eso deja de ser cierto —exclamó con profunda filosofía el detec-

tive, como si dijera una sentencia sabia.

—¿Y ha aprendido algo? —preguntó sumamente interesado en el asunto el señor Nilsson.

—Usted me pidió que investigara minuciosamente... y lo he hecho al pie de la letra. Vea el resultado de mis investigaciones.

El detective sacó de su gran saco de piel dos pasteles hermosísimos: uno del color del carbón, o acaso más negro, el otro de una tonalidad doradita y apetitoso.

—Compare usted mismo el pastel hecho ayer con el que hizo hace dos semanas — dijo sentencioso siempre el policía detectivesco.

—Extraordinario!

—Vea usted como este, negro y tiznado, demuestra ser la obra de un novicio sin ninguna experiencia y con muy poco arte para el oficio, al paso que este otro, dorado, jugoso, blando, muy en su punto, muestra que el aprendiz ha llegado a maestro.

—¿Esta es su opinión?

—Y la de usted en cuanto lo pruebe. No le invito a que coma del primero, porque entre el fuego excesivo y el tiempo que ha transcurrido desde que lo dejó achicharrar en el horno parece un pedrusco antediluviano; pero le suplico que

pruebe un cachito de este pastel que parece hecho por manos de ángeles.

El detective ofreció el pastel confeccionado por su hija y el señor Nilsson tomó un pedazo, saboreándolo con verdadera delección.

—No está malo, no está malo... —murmuró poniendo los ojos en blanco.

—¡Está exquisito! — afirmó el detective.

—Tiene contextura.

—Y buen gusto.

—Y está esponjoso.

A cada nuevo elogio el señor Nilsson y su compañero daban un pellizco en el pastel y se lo comían admirados de que aquello pudiera estar hecho por una chiquilla que hacía poco más de un mes no sabía hacer nada, absolutamente nada, más que deporte y coqueteo.

—Creo que mi hija ya ha aprendido bastante. Es una tontería que siga esa farsa ridícula a que se ha sometido. Aquí hubiera podido aprender igual si a ella se le hubiera antojado y así no me hubiera dejado solo. Me aburro soberanamente sin ella. Quiero que vuelva a costa de lo que sea. ¿Qué me aconseja usted?

—Creo que lo mejor sería que usted fuera a buscarla.

—¡De ningún modo! ¡No conoce usted a la niña!... Si voy yo mismo a buscarla es capaz de echarme de la casa a escobazos. He de proceder con cautela y buscar una trampa en la que caiga con facilidad.

—Pues a mí, la verdad, no se me ocurre ninguna...

—¡Qué poca imaginación tienen los detectives!... Piense usted en algo, hombre, piense usted en algo...

—No sé... no sé...

—Ya lo tengo!... Esto no fallará. Le escribiré diciéndole que la necesito; creerá que estoy enfermo y vendrá en seguida.

La idea no era nueva ni original, pero al señor Nilsson le pareció ideal y se puso muy contento mientras el detective le miraba admirado de las cualidades imaginativas de aquel hombre al que sólo creía capaz de hacer negocios.

—¿Cree usted que volverá?

—Estoy seguro. Mi hija me adora y si teme por mi salud a los pocos minutos está aquí, aunque tenga que pelearse con media humanidad.

Decidido a realizar su obra, el señor Nilsson se despidió del detective y se encerró en su despacho para meditar despacio la misiva

que tenía que escribir a su hija adorada.

La adorada hija estaba entretanto en la cocina de casa de los señores Hanson secando los vasos con un tiento y un arte magníficos. No rompía ya más que uno al día y aquello era un adelanto fenomenal para ella que había comenzado rompiéndolos todos en una mañana. Ahora la vajilla se deslizaba rápida entre sus dedos sin resbalar y la colocaba sobre la mesa con tal tiento que ni ruido hacía al dejarla en ella. Era un encanto aquella doncellita que tan bien sabía cumplir con su obligación. La señora Hanson estaba encantada y el señor, que continuaba llamándola la *señorita despertador*, también; la única que no la miraba con buenos ojos era Sigrid, pero a Helga le importaba poco que Sigrid sintiera o no simpatía por ella, porque ella era ahora la reina de la cocina. Olga y Ana habían depuesto su primitiva hostilidad y se divertían mucho haciendo enfadar a Eric, que se dejaba tomar el pelo pacientemente mientras no le tocaban a su Minnie.

Minnie era para Eric algo sagrado y, como Helga lo sabía y no gustaba de herir los sentimientos del próximo, procuraba que cuando él

hablaba con respeto y unción de su lancha, Ana y Olga no se burlaran de sus entusiasmos.

Helga estaba interesada también por la lancha. No es que tuviera en ella mucha fe; pero tanto y tan bien oía hablar de aquel invento por su autor, que había acabado tomando cariño, aunque a veces se sintiera un poco celosa, porque Minnie ocupaba todo el pensamiento de Eric y a Helga no le hubiera desagrado ocupar aquel lugar de preferencia.

Ahora hacía ya una porción de tiempo que en la cocina no se hablaba de otra cosa que del próximo baile que iban a celebrar los sirvientes, patrocinado por la asociación de servidumbre y al que debían asistir ellas en traje de disfraz y ellos de etiqueta. Aquello era un acontecimiento anual del que se hablaba de una manera especial en casa de los señores Hanson, mejor dicho, en la cocina de casa de los señores Hanson, porque Helga quería que las tres fueran al baile disfrazadas a maravilla.

Se habían hecho ellas mismas los vestidos que habían quedado bastante lindos, pero la pobre Ana, con su figura voluminosa y su rostro ajado por los años, estaba hecha un verdadero mamarracho con su

vestidito de campesina que, si sentaba muy bien a la figurilla delgaducha y graciosa de Helga, era impropio para su corpachón fenomenal.

Aquel día se lo probó para que en la cocina la admiraran a placer. Se lo probó también para que su amado cartero pudiera verla tan linda y tan vistosa con su disfraz y, después de haber dado muchas vueltas ante el espejo mirando por partes su figura que parecía satisfacerla por completo, entró en la cocina convencida de que iba a causar una honda sensación.

Las dos doncellas, que ya estaban prevenidas, le hicieron los grandes agasajos para animarla y hacerla creer que en realidad estaba hecha un figurín, pero el criado, que siempre gustaba de burlarse de la pobre cocinera, preguntó fingiendo un asombro extraordinario:

—¿Cómo habéis dejado entrar en la cocina a esa mujer a la que no conocemos?

—¡Si es Ana!—exclamó Helga, haciendo muecas para que las ayudara a hacer creer a Ana en su propia elegancia.

—¿Cómo, no la reconoces? Ayer me reconociste a mí en seguida cuando me probé el disfraz—añadió Olga.



—¿Dónde pasaremos nuestra luna de miel?



—De buena gana le daría unos azotes!



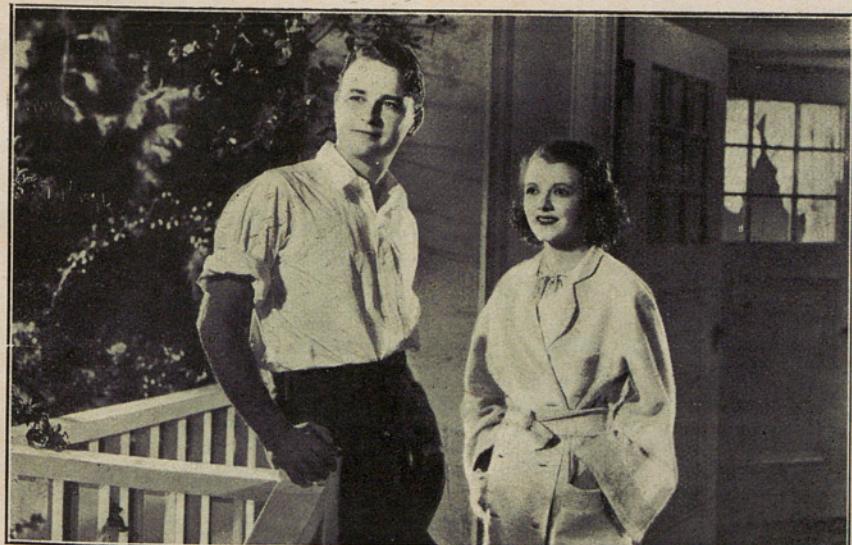
— Esta es la nueva doncella y creo que le gusta mucho trabajar.



— ¿Quiere café, señorita Sigrid?



— Me vas a limpiar estas botas.
— Y a mí esta bata.



— ¡Qué noche tan bella!



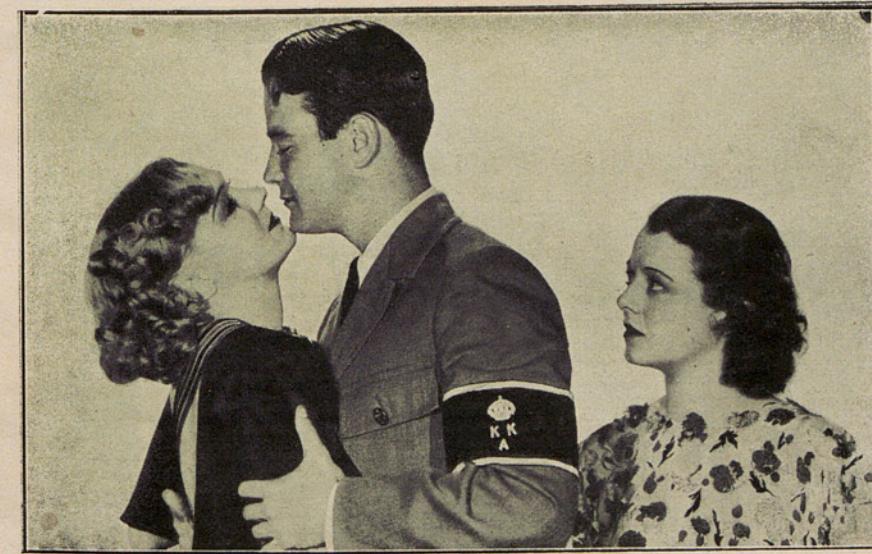
—¿Ves mi lancha? Por medio de este sistema...



Helga leyó sobresaltada el papelito azul.



—Minnie es para mí como una amante...



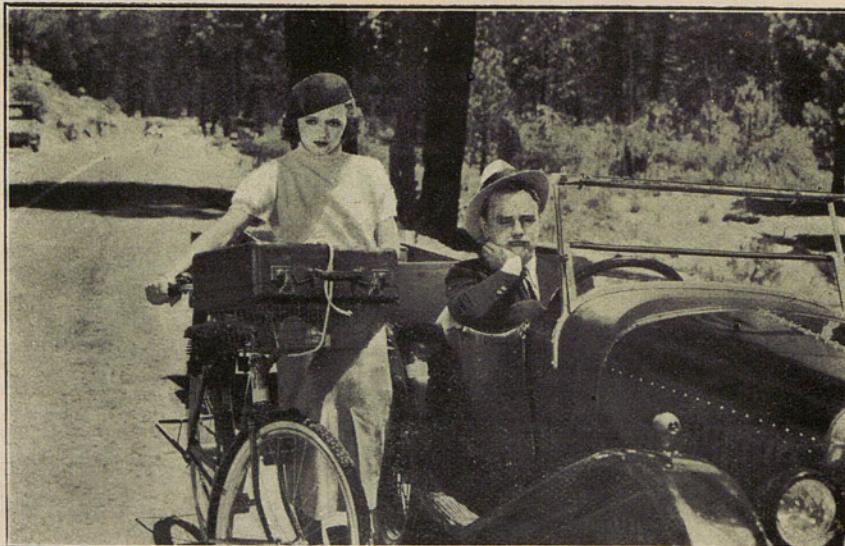
Helga llegó a tiempo para ver cómo Eric besaba a la señorita.



—Si es insolencia encontrar a la señorita besando al chofer...



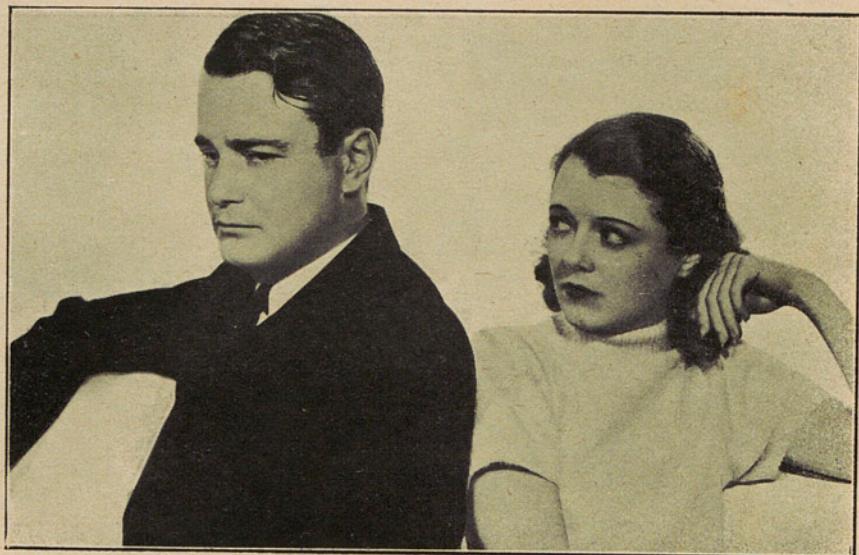
—Y... ¿te vas a casar con ése?



—Entonces ¿para qué me has hecho parar?



—Pero.. ¿no zozobraremos?



—No quiero ni a Karl ni a ti...



—¡Te adoro, Helga, te adoro!

LA DONCELLA DE POSTIN

—Pero no puedo reconocer a Ana. Este mamarracho no puede ser ella.

—No le hagas caso, Ana, siempre tiene ganas de embromarte... Mira, allá viene tu cartero... sal a recibirla. ¡Ese sí se quedará maravillado!

Allá venía el cartero montado en su bicicleta, con la cartera a la espalda y el rostro sudoroso.

Ana se adelantó a él, coqueta, moviéndose como si tuviera un talle de mimbre, ruborosa, como si fuera una colegiala.

—¿Quién soy, Oswald?—le preguntó sonriendo y arrebolada por la emoción.

—No seas tonta, Ana... eres demasiado vieja para hacer esas ridículces...

Ana se quedó pálida de ira y de dolor. Oswald, su querido Oswald, la acababa de llamar vieja y ridícula...

Cogió los papeles que el cartero le alargaba y penetró rápida en la cocina, llorando amargamente. Todos se habían salido de ella, de suerte que Ana pudo llorar a su placer. Olga se había ido a limpiar las habitaciones, el criado a ayudar al señor y Helga había seguido a Eric, que la había tomado de la mano, diciéndole:

—Ven a ver, he resuelto el problema de Minnie. He logrado perfeccionar el tubo del combustible. ¡Esto es maravilloso!

Penetraron en el pabelloncito de Eric y éste le fué mostrando las reformas que había introducido en el motor.

—¿Ves? Lo que le hacía falta era mayor vaporización y esto lo he conseguido poniendo una nueva válvula.

—¡Magnífico! ¡Y la bomba del diafragma suena muy bien!—exclamó Helga, burlándose un poquito de los entusiasmos mecánicos de Eric.

Este la miró, la tomó en sus brazos, la estrechó en ellos sin que la doncellita se resistiera, la miró largo rato en los ojos y luego la besó apasionadamente.

—Búrlate de mí, pero no de Minnie!—le dijo sin dejar de abrazarla—. ¡Te quiero, pero me duele que te burles de mi obra que, por ser mía, es lo que más amo en este mundo! ¿Irás al baile esta noche?

—Sí—contestó Helga que aun estaba palpitante de emoción por el beso súbito que le había sabido mejor que ninguno de los hasta entonces recibidos.

—¿Con quién piensas ir?

—Todavía no lo sé...

—Entonces, si quieras que vayamos juntos...

—¡Oh, sí, sí!

—Hasta la noche, pues...

—Hasta la noche.

Helga corrió a la cocina, corrió llevándose el corazón repleto de felicidad. ¡La quería, la quería! Aquella idea la hacía sentir una inefable dicha jamás sentida, comprendiendo ahora que el amor de Eric la hacía mucho más feliz que la pudiera hacer el de Karl.

Cuando entró en la cocina halló a Ana llorosa y apenada.

—¿Qué te pasa? ¿No has visto a Owvald?

—Sí, sí, le he visto; ¡pero ojalá se lo tragara la tierra!

—¿Habéis reñido?

—Ni eso... Oswald no venía a

verme a mí... Vinc a traerte un telegrama para ti, y me llamó tonta, presumida y vieja—concluyó Ana rompiendo de nuevo en sollozos.

Helga leyó sobresaltada el papeleto azul, que decía escuetamente:

“Regresa a casa en seguida. Te necesito. Tu amante padre.”

Olividóse de Ana, de Eric, de los señores Hanson y sólo pensó en su padre, al que se imaginó enfermo de gravedad, llamándola para despedirse de ella y darle el último adiós.

Helga se puso la boina y, sin decir nada a nadie, corrió a la ciudad, a casa de su padre, a su casa, a la casa que abandonó para ir a aprender a trabajar y ser capaz, un día, de formar un hogar feliz, siendo una buena esposa y una experta madre de familia.

DE REGRESO AL HOGAR

El señor Nilsson ni estaba enfermo ni pensaba dar el último adiós a su hija. Esperaba en el salón a la chiquilla caprichosa y díscola que le había abandonado para marcharse a servir y esperaba que llegara, no para regañarla ni echarle en cara su conducta, sino para tenderle los brazos y asegurarle que nunca jamás volvería a ocurrir aquello, porque él estaba dispuesto a ayudarla en sus amores con Karl.

Helga llegó y se lanzó en busca de su padre, de suerte que al verle sano y fuerte, sonriendo con jovialidad y muy satisfecho de la vida, hubiera dado cualquier cosa por haberle encontrado pálido, ojeroso, con la respiración anhelante y las huellas de la muerte marcadas en el rostro.

—Para qué la había llamado si no la necesitaba? Aquello era una enorme decepción para la mucha-

cha. ¡Ahora que estaba tan bien, hacerla abandonar su empleo por nada! Era imperdonable. El señor Nilsson no tenía la menor idea de lo que era labrar la felicidad de un hijo... y menos de una hija como Helga. Mostrándose así, sano y fuerte a los ojos de la niña, le había hecho más daño que si se le hubiera presentado dando las últimas boqueadas. Complicaciones de la psicología femenina que siempre quiere todo lo contrario de lo que le dan.

—Para qué me pusiste un telegrama tan alarmante? — preguntó Helga después de pasada la primera mala impresión.

—Para hacerte venir.

—No tenías necesidad alguna de llamarme, estando bueno y sano.

—Hubieras preferido encontrarme enfermo?

—Francamente, sí... me hubiera

causado pena, pero es del único modo que tenías derecho a hacerme volver al hogar... a menos que...

—¿A menos que?

—Que estés totalmente arruinado y quieras pedirme mi sueldo para vivir.

El señor Nilsson soltó una de sus desconcertantes carcajadas que llenaban la casa de ecos misteriosos, retumbando por todos los rincones, que se la lanzaban de unos a otros como si fuera un balón.

—¿De qué te ríes?

—De ti.

—Pues no le veo la gracia...

—Te aseguro que tiene muchísima.

—¿Gracia de qué? ¿De que yo haya venido engañada?

—No, gracia de que me creas arruinado cuando acabo de ganar más de cinco millones.

—¿Tú?...

—Yo mismo, hijita, y eso equivale tanto como a decir que los has ganado tú. Y comprenderás que una muchacha que tiene un padre varias veces millonario, no está bien que sirva en casa de unos burgueses.

—Yo era feliz allá.

—Más lo serás a mi lado, Helga.

—No, papá, yo necesito volver a ser doncella para ser feliz.

—¡Bah!, déjate de tonterías, eso son bobadas de niña demasiado mimada por la suerte. Tú te quedas aquí. Esta noche voy a dar una cena formidable en honor tuyo. He mandado que busquen a Karl y todo se arreglará.

—Pero si Karl ahora está trabajando!

—Ya no tiene necesidad de trabajar. El día que os caséis os daré un millón ¡y a vivir! ¡Que trabajen los necios!

—Para eso me has hecho venir! Y yo que estaba haciendo un pastel exquisito...

—Supongo que bien puede abandonarse un pastel por cinco millones.

—A veces es preferible un buen pastel que un puñado de dinero —replicó Helga tristemente.

—¿No estás contenta?

—Sí, todo esto me emociona... pero aun no habían pasado los tres meses que yo había puesto de término. ¡Déjame que los termine!

—No, no necesitas trabajar más. Sería ridículo. Te quedas en casa y a olvidar esa aventura que has corrido.

—Era la primera oportunidad que se le presentaba a Karl para trabajar, y a mí me gustaba que

también él aprendiera a trabajar, papá.

—Pero a él le agradará más poder vivir a tu lado sin necesidad de preocupaciones de ningún género.

—No era en él con quien debías pensar, sino en mí.

—Bueno, nena, déjate de romanticismos pasados de moda y vete a vestir. Ponte el traje que te siente mejor y verás como a mitad de la cena ya te has olvidado por completo de tu temperada de servidumbre.

Helga se retiró a su cuarto pesarosa y contristada. Ahora que parecía que el amor comenzaba a cantar en su corazón una canción nueva y dichosa; ahora que amanecía en su alma una aurora triunfal, ahora que la voz del corazón hablaba en su verdadero idioma; ahora que ya Eric había depuesto su actitud agresiva y la había besado con ese entusiasmo... ahora tenía que abandonarlo todo y volver al hogar. Y volver a los brazos de Karl al que le parecía que ahora ya no amaba.

Sentada en el diván miraba como la doncella iba desplegando ante su vista todas las "toilettes" de noche que tenía ella colgadas en su ropero y se acordaba del día en que Sigrid le hizo planchar tantos vestidos para

ponerse uno solo aquella noche en que daban "Carmen" en la Opera. Helga miraba sus vestidos elegantes y ricos con la más perfecta indiferencia, y en cambio sintió que los ojos se le humedecían de llanto cuando la doncella, mostrándole el sencillo vestido sastre con el que había entrado y salido de casa de los Hanson, le dijo:

—¿La señorita ya no querrá ponerse más este vestido?

—No sé —replicó Helga sintiendo añoranza de aquella temporada pasada en un ambiente bien distinto al que ahora la rodeaba —, déjalo ahí mismo, mañana veré lo que hago con él.

Helga se vistió su elegante traje de noche. Estaba hermosísima con él. Parecía una muñeca salida de la caja, con su pelo rojizo enmarañado que coronaba su frente tersa y noble con una aureola de fuego, sus grandes ojos ingenuos y su boca fresca que ahora no sonreía, sino que se crispaba en un rictus amargo, de decepción y de tristeza.

Se sentó ante el pequeño buró, tomó la pluma y escribió con la mano un poco temblorosa por la emoción:

“Apreciada señora Hanson:
Siento mucho tener que dejar mi empleo sin previo aviso. Circuns-

tancias ajenas a mi voluntad me obligan a ello y no puedo, por ahora, explicar lo ocurrido. Quizás algún día se enterará usted de ellas y entonces disculpará lo que hoy pudiera parecer una grosería.

Siempre su servidora,
Helga Brand."

Acababa la carta cuando entró el señor Nilsson que dió una estruendosa carcajada de satisfacción al ver a su encantadora hija tan bella y tan distinta de la humilde doncellita que había salido de casa de los Hanson hacía sólo unas horas.

—Estás arrebatadoramente bella —le dijo—. Esta noche va a ser de triunfo para ti. Te tengo preparada la sorpresa mayúscula. Encontraré a Karl para que puedas presentarlo a todos nuestros invitados como a tu prometido, mejor dicho, como a tu marido casi, puesto que el matrimonio se celebrará el día que tú digas.

—Gracias, papá—contestó Helga sin alegría, mirando aquel sencillo vestidito gris que estaba tirado sobre el diván.

—Pero, hija mía, ¿qué te pasa?

—Que esta noche preferiría estar al lado de Olga y Ana. ¡Ellas sí que se divertirán esta noche!

—¿Por qué?

—Porque esta noche es su día de

fiesta, tienen baile, todos irán y disfrutarán más que yo...

—No te sabía con esos gustos tan plebeyos, tú que has sido siempre tan refinada.

—¡Ellas no son plebeyas... son mis compañeras! ¡Han sido muy buenas conmigo!

—¡El que entienda a las mujeres! — exclamó el señor Nilsson sin llegar a penetrar en el corazón de su hija, que en aquellos momentos no pensaba, en verdad, en sus compañeras, sino en el chofer, que la esperaría para llevarla al baile de los criados, cogida a su brazo y, ¡quién sabe! que acaso la besaría a hurtadillas en el calor del baile o cuando regresaran a casa, bajo la sombra de los grandes árboles del camino en un rincón apartado del jardín, donde podrían ocultarse discretamente a todas las miradas.

Cuando Helga se quedó sola en su habitación, se quitó precipitadamente su vestido de noche, se puso el gris sencillo de la doncellita, colocó la boina y bajó de puntillas las escaleras después de haber garrapateado una carta para su padre.

La fiesta que éste daba en su honor comenzaba ya con la llegada de los invitados. El dueño de la casa los recibía mientras esperaba que su

hija bajara de sus habitaciones, pero Helga logró escabullirse, dando al criado la carta para que la entregara a su padre.

—Désela cuando yo ya haya salido—le dijo abriendo la puerta y marchando precipitadamente, seguida por la mirada de extrañeza del criado, que no se explicaba por qué la señorita huía en aquella noche tan bella.

El señor Nilsson abrió la carta temiendo ya lo que en ella iba a leer. Esta decía:

"Querido papá. Perdóname, pero quiero ir al baile de los criados. Vendré a verte el jueves. No olvides que hoy es mi día libre y que no quiero perderlo. Adiós, amor, Helga."

El señor Nilsson leyó dos o tres veces la carta, movió la cabeza con aire de contrariedad y luego, raspándose el cogote, exclamó para su capote:

—¡Oh, las mujeres!... ¡Las mujeres!..."

¡DECEPCION!

Eric se estaba vistiendo para ir al baile. Quería estar bien presentado porque iba haciendo de caballero a una dama que todo se lo merecía. Había rectificado por completo el concepto que en el primer instante formara de Helga y ahora le encontraba todas las gracias y le parecía que aquella doncellita era una gran señora. Aunque no lo fuera, para Eric tenía las mismas condiciones que siéndolo, porque la quería y ya se sabe que no hay nada como el amor para hacer ver las cosas bajo el prisma que el corazón quiere.

Unos pequeños golpes dados en la puerta de sus habitaciones le hicieron creer que ya Helga llegaba para buscarle antes de que él estuviera preparado y salió a abrir lleno de ilusión. Pero en el acto rectificó la expresión de su rostro, quedándose rígido, con el rostro serio

y el porte respetuoso. Era Sigrid la que acababa de entrar.

—Eric, ¿no vas al baile de esta noche? — le preguntó, cerrando la puerta tras ella y acercándose al chofer.

—No sé si podré ir — contestó Eric evasivamente.

—Debes ir, Eric, te haría bien divertirte un poco. ¿No te gustaría ir a bailar? — volvió a preguntarle acercándose tanto a él que le obligó a retirarse discretamente.

Venía muy escotada, embriagadora de perfumes y de sensualidad, con las pupilas brillantes que miraban incitadoras y la boca muy roja que se ofrecía pródiga y generosamente.

—¡Señorita Sigrid! — exclamó Eric sintiendo que se turbaba ante aquella mujer que había venido a provocarle.

—¿Por qué me llamas "señorita

Sigrid"? Quiero que me llames Sigrid a secas. ¿No quieres que somos buenos amigos? He venido a verte.

—¿Quiere usted que la lleve a alguna parte? — preguntó Eric queriendo torcer el sentido de las palabras de Sigrid.

—¡Quizás! — contestó ella intencionadamente, mirándole cada vez con más fijeza y con mayor coquetería.

Eric bajó sus ojos porque los de la mujer le hacían daño. Sigrid se fijó entonces en la lancha que Eric estaba perfeccionando con sus inventos y su trabajo y dijo, para cambiar un poco aquella conversación que podía llevar demasiado rápidamente a un resultado que bien pudiera ser el contrario al que ella deseaba:

—¡Qué lancha tan linda!

—Es obra mía — dijo Eric con orgullo, olvidando ya las tentaciones de Sigrid en cuanto se había puesto sobre el tapete la cuestión de Minnie. — Verdad que es mona?

—¡Monísima! ¡Mira qué líneas! — añadió Sigrid acariciando la lancha y haciendo un movimiento felino con todo su cuerpo que puso de relieve las curvas provocativas y llenas de lascivia de su cuerpo cuidado y firme.

Eric no se dió cuenta de la provocación y contestó hablando siempre de su lancha:

—Es perfecta de líneas, admirable, nunca se ha hecho nada tan hermoso.

—¡Verdad! — contestó Sigrid halagada, pensando que hablaba por ella. — Y dime, ¿dónde tiene los ojos?

—Ahí, uno es verde y otro rojo — repuso Eric señalando los faros de la lancha con una seriedad que hizo sonreír irónicamente a Sigrid.

—¡Qué originales! Y los míos, ¿cómo son? Míralos bien y dime qué color tienen, Eric.

Eric la miró y volvió a sentir una extraña turbación en todo su cuerpo. Su cuarto se había llenado del perfume de aquella mujer que le embriagaba de una manera loca, y vió aquellos ojos que le cegaban con un brillo de infierno. Hubiera querido huir, pero no podía; era la señorita y debía atenderla. Eric permaneció inmóvil, sin contestar.

—¿Qué te parecen mis ojos?

—Son más bellos que los de mi lancha — contestó galantemente Eric fijándose en aquellas pupilas que le miraban insistente y tentadora y llenas de fuego.

—¿De veras? ¿Y qué te parecen mis labios? No te gustan más que

los de tu lancha? Olvida a Minnie y mírame a mí, sólo a mí. Yo soy más que esa lancha, porque soy mujer y puedo ofrecerte lo que ella nunca te dará.

La tentación era cada vez más grande. Sigrid se acercaba a Eric embriagándole con sus perfume y trastornándole con todo su cuerpo que le encendía la sangre.

Eric era hombre... y frágil ante la tentación del sexo contrario. Co- gió a Sigrid entre sus brazos y la besó en los labios con un largo be- so, en el que no había más que la pasión de la carne y de los senti- dos, pero en el que no puso ni un chispazo de su alma, reservada toda entera para Helga, para Helga que había llegado a casa de los señores Hanson, se había puesto su lindo vestido de campesina y había corri- do como una loca hasta el pabellón del chofer para llegar a tiempo, al preciso tiempo de ver aquella esce- na que fué para ella el derrum- bamiento de todas sus ilusiones.

—¡Oh! — exclamó Helga para que se dieran cuenta de su presen- cia los dos amantes.

—¿Cómo te atreves a espesar mis actos? — preguntó Sigrid furiosa de que la doncella hubiera venido a deshacer su idilio. — ¿Quién te ha mandado venir aquí?

—Nadie. He venido porque Eric me había dado cita — contestó Helga sin amedrentarse.

—¿Es eso verdad, Eric?

—Sí, señorita, prometí a Helga que la llevaría al baile de esta noche.

—Pero ahora ya no le quiero, se lo regalo. No quiero ser plato de segunda mesa. ¡Qué les aproveche a ustedes! ¿Cuántas chicas necesi- tas para tu uso particular? — pre- guntó con ironía dirigiéndose a Eric que estaba abochornado. — Que te diviertas con esta que está ahora de turno, pero no euentes conmigo jamás!

—¿Qué pasa, qué pasa? — pre- guntó la señora Hanson que llega- ba con su marido y que se quedó sorprendida por aquellos gritos y por la actitud de la doncella, del chofer y de su propia hija.

—Aquí no pasa nada — contestó Helga siempre sin perder su sere- nidad. — Aquí lo que sucede es que deben ustedes llevarse a la... seño- rita.

—Despide en seguida a esta in- solente! — exclamó Sigrid desesperada.

—Si es insolencia encontrar a la señorita besando al chofer... — añadió Helga sin dejar su ironía y mi-

rando a todos como si quisiera do- minar la situación.

—Sigrid, ¿es verdad lo que di- ce?

—¡Verdad! — contestó Sigrid sin ocultar su acción.

—¿Y qué pensáis hacer? — pre- guntó el padre que estaba diverti- dísimo con aquella escena. — Si os casáis os haré un magnífico regalo de bodas, porque a mí me parece todo esto maravilloso.

—Ah!... ¿pero has creído que pienso casarme con él? — preguntó despechada Sigrid.

—Entonces, ¿por qué le estabas besando?

—Es que sólo se puede besar al hombre que ha de ser nuestro marido. Un beso es algo que no compromete a nada... es una acción completamente banal y desprovista de sentido... Me entretenía sola- mente...

—Y tú, Helga, ¿qué tienes que ver en todo este asunto? — preguntó con dulzura la Sra. Hanson, a la que gustaba arreglar a las buenas todos los pleitos malos.

—Eso es lo que yo quisiera sa- ber, ¿qué hace aquí la "señorita despertador?" — preguntó a su vez el Sr. Hanson.

Entonces Eric se adelantó, miró

a Helga, y dijo en tono serio y com- pungido:

—Yo amo a Helga... sólo a Helga. — Y aquellas palabras so- naban como a confesión o como a juramento.

—Sigrid, vete a casa — ordenó la Sra. Hanson. — Y tú también, papá... yo sola arreglaré este asun- tillo.

Salieron contrariados el padre y la hija y la Sra. Hanson dejó pa- sar unos breves momentos antes de comenzar a hablar, unos momentos que se hicieron eternos a los dos jóvenes.

—Hijos míos, mi hija tiene razón al decir que lo que aquí ha pasado no tiene importancia alguna... Si una mujer tuviera que rendir cuen- ta de los besos que ha dado a los hombres que no son ni su esposo ni su prometido sería el cuento de nunca acabar!... Que no se hable más del asunto; pero mañana, tem- pranito, sin que nadie se entere, se marcharán ustedes dos de mi casa en donde comprenden muy bien que no pueden continuar. Que tengan buena suerte y que encuentren otra buena colocación. Buenas noches, queridos.

Salió con la misma dulzura que había entrado y quedaron solos Eric y Helga.

Poco estuvieron en silencio, porque Eric, que era hombre y además culpable — lo que equivale a decir que ni tenía tanta sensibilidad ni motivo alguno para estar enojado — ofreció a Helga, como si tal cosa:

—¿Quieres qué nos vayamos ahora al baile?

—Al baile? Yo contigo? Pero tú ¿quién crees que soy? ¡Jamás iré contigo a parte alguna!... ¡Llévala a ella, siquieres!

—Ella no me importa... la que me importa eres tú.

—Sí, ya lo he visto... porque te importo yo, la besabas a ella...

—No fué culpa mía.

—¿No? ¿De quién entonces?

—De Sigrid! Fué ella la que vino aquí, la que me provocó, la que me tentó...

—Y tú, ¡qué bien supiste caer en la tentación!

—Helga, ya sé que tú no me creerás... Pero yo te aseguro que cuando la estaba besando fué cuando me di más realmente cuenta de que era a ti a quien yo quería con toda mi alma.

—Qué atrevimiento, sabiendo que yo estaba prometida! — exclamó Helga poniéndose muy digna y olvidando que hacía unas horas

también ella se había dejado besar por Eric.

—Entonces, lo que no comprendo es por qué has venido aquí esta noche — dijo Eric que no quería darse por vencido por aquellos aires de princesa ofendida que había adoptado la doncellita.

—Hay muchas cosas que tú no puedes comprender!... Aunque no estuviese prometida... que lo estoy; y te quisiera... que no te quiero; y tú me importaras... que no me importas un comino, si te encontrara besando a una chica no te creería de nada de lo que después pudieras decirme, ni te consentiría que me estuvieras contando una serie de embustes como los que ahora me cuentas...

Helga salió corriendo del pabellón del chofer, cruzó el camino que lo separaba de la casa, penetró en ella por la puerta de la cocina y fué a ocultarse a lo más hondo de su cama para llorar allí amargamente aquel desengaño, aquella primera decepción de su vida sin contrariedades.

A la mañana siguiente Eric marchaba carretera adelante en un pequeño automóvil, tan viejo y tan en desuso que apenas se podía arrastrar por el camino. Helga le seguía montada en su bicicleta y casi co-

ría más ella con el motor de sus piernas tan amaestradas que él con el motor en el que la gasolina resoplaba con fuerza pero sin lograr reanimarlo y darle velocidad.

Helga veía correr ante ella a Eric y quería alcanzarle. Cada vez iba tomando la muchacha más ventaja y Eric, por el espejillo de retroceso, la veía cómo se afanaba por llegar hasta él, haciendo un esfuerzo desesperado. Pero se daba aire de no enterarse.

Por fin pudo Helga hacerle parar, poniéndose a su lado y preguntándole:

—Has encontrado la carta que dejé en el asiento?

—No — contestó Eric indiferente.

—Ya la estoy viendo.

—Pero ya ves que no la he abierto.

—Ni la abras... hasta que yo esté lejos — contestó ruborosa Helga.

—Entonces, ¿para qué me has hecho parar?

—Para preguntarte si la habías leído.

—¿Qué me dices en ella? ¿Me pides perdón? — preguntó Eric insinuante.

Ella bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Te hice perder el empleo...

—También tú perdiste el tuyos...

—Pero esto no tiene importancia...

—Lo importante es que por tu culpa la señorita Sigrid quedó en evidencia y me comprometiste a mí...

—No hubiera querido hacerlo, pero yo no podía prever que os encontraría...

—Bueno, no se hable más del asunto. ¿Dónde vas?

—A Estocolmo.

—También yo voy allí. Coloca tu bicicleta ahí detrás y yo te llevaré.

Helga, haciendo un esfuerzo grande, porque no era ninguna atleta, intentó encaramar la bicicleta en la parte trasera del coche, sin conseguirlo en las primeras tentativas, pero sin querer pedir auxilio porque no quería confesar su debilidad.

Cuando Eric notó que ya la muchacha había colocado su vehículo, le preguntó:

—¿Quieres que te ayude?

—No, ahora ya está, gracias, muchas gracias.

Subió al coche, si es que a aquel carro mató podía dársele el nombre de coche, y se sentó muy feliz y contenta al lado de Eric que siguió

conduciendo sin dirigirle la palabra y mirándola sólo de vez en cuando por el rabillo del ojo como si quisiera averiguar qué era lo que pasaba por la imaginación de la doncellita.

A los pocos kilómetros encontraron un auto parado a un lado del camino mientras el chofer estaba investigando qué avería tendría el motor sin lograr dar con ella. Eric paró su carro al lado del otro y preguntó:

—¿Hace falta algo?

El otro chofer levantó la cabeza y entonces vió Helga que era Karl.

—¡Qué alegría! — exclamó bajando la voz y dándole un fuerte abrazo —. No pensaba encontrarte...

—Preséntame — pidió Eric, al que no le produjo placer el encuentro.

—Eric Landstrom, Karl Bernhoff, mi prometido.

A Eric se le puso la cara agria y la de Karl no cambió de expresión, pues como no tenía ninguna, naturalmente, no podía cambiarla.

—¿Vas de viaje? — preguntó Karl sin saber qué decir a su amada.

—No, voy a Estocolmo. Eric me lleva en su auto para que yo aho-

rre el dinero del tren. Es un buen amigo. ¿Qué le ha pasado a tu motor?

—No sé. Primero creí que era el carburador, pero no es; luego inspeccioné el embrague, y tampoco funciona mal; pensé que pudiera ser el distribuidor y ahora he comprobado que tampoco es el distribuidor... no sé qué tiene ese carro...

—Eric lo verá, es muy entendido en mecánica. Eric, por favor, examina el motor del coche de Karl, te lo estimaré mucho.

Mientras Eric se acercaba al coche para examinar qué clase de pena sufría, Helga preguntó a su novio.

—Y tú, ¿qué haces, qué es de tu vida?

—Ya ves. Ahora soy chofer. Mi amo está ahí, a dos pasos, en la posada de la Morsa... Nos vamos a Oslo, no sé si podremos llegar con este carro tan malo...

—El carro es magnífico, amigo, y creo que podrán ustedes llegar sin tropiezo — manifestó Eric.

—¿Ya lo pudo arreglar?

—Verá usted que marcha como una seda...

—Y ¿qué tenía?

—Una menudencia... ¡le faltaba

gasolina!... Panas así quisiera yo arreglar cada día.

Se rieron Helga y Eric con todas sus ganas y Karl preguntó asombrado:

—¿Qué hubiera hecho yo sin ustedes? A mí no se me había ocurrido pensar que le faltaba gasolina...

—¡Claro, cómo se le iba a ocurrir!... — exclamó Eric con ironía. Y cuando Karl se hubo alejado, añadió: — Pero es que a ese hombre se le ha ocurrido alguna vez alguna cosa?

Helga no quiso recoger la indirecta y se calló, pero pensó que Eric tenía toda la razón, que aquel Karl era el más perfecto de los idiotas y que no comprendía ahora como había estado a punto de casarse con él. Naturalmente que no quiso confesar esta apreciación a Eric, en castigo de la mala noche que la había hecho pasar, y por esto, cuando él le preguntó: “¿Y te vas a casar con ése...?”, ella contestó:

—Tan pronto como sea posible.

—¿Esperas ser feliz?

—Espero ser la mujer más dichosa del mundo. Para ser dichosa no hace falta hallar inteligencia en el hombre amado, ¡sino amor!

—Eso es muy bonito para ser

dicho... ¡pero toda una vida al lado de un idiota, se ha de hacer tan larga!

—Karl no es un idiota y no te consiento que le insultes.

—Bueno, pues entonces consiente en venirte conmigo al lago para que veas a Minnie, a la auténtica Minnie, y la pruebas... Daremos un paseo en mi lancha, Verás qué magníficamente corre.

Helga consintió sin esfuerzo. No tenía ninguna prisa en llegar a casa de su padre y en lo que estaba verdaderamente interesada era en prolongar lo más posible aquel paseo al lado de Eric que le gustaba cada vez más aunque procuraba disimularlo todo cuanto podía.

Marcharon hasta la orilla del lago, junto al embarcadero. Allí estaba atracada Minnie, flotando majestuosa sobre la corriente tranquila, en aquella hora quieta y sosegada de la mañana.

—Serás tú la primera que pasee en mi lancha. ¿No ves qué luciente está y qué bonita? — preguntó Eric acariciando la madera como si fuera una amante o una bestia inteligente.

—Tanto laquieres?

—Ya sabes que te he dicho que es lo que más quiero en este mun-

do, porque Minnie es obra mía. Sube... ¿no quieres pasear?

—¡Encantada! Pero... ¿no zozobaremos?

—¿Tienes desconfianza de mi trabajo?

—Ninguna... pero tengo miedo...

—No seas chiquilla... yo ya he paseado muchas veces en ella y todavía no me he dado ningún baño improvisado... Anda, sube.

Entraron en la lancha y después de haber hecho una serie de ruidos tempestuosos y haber lanzado rugidos de fiera, partió velozmente hacia el centro del lago armando un ruido infernal y levantando una estela de espuma capaz de remojar a cuantos estuvieran en la más apartada orilla. En cambio los ocupantes no recibían ni una gota de agua... ¡Aquello era verdaderamente maravilloso! —según la opinión de Eric. Pero a Helga no le parecía el invento cosa de gran monta, aunque no expuso en voz alta su opinión.

Cuando ya habían dado a toda marcha un par de vueltas al lago, Eric paró el motor, y dejó que la lancha se balanceara dulcemente sobre el agua. Helga se frotó los oídos, porque le parecía que se había quedado sorda.

—¿Qué te parece? —le preguntó él con orgullo.

—Muy bien.

—¿Te ha gustado?

—Me gusta más con el motor parado... ¡hace tanto ruido!

—Eso lo arreglo después... Pero verdad que es admirable?

—Sí, admirable... pero me gusta más cuando no anda...

Se miraron y se sintieron felices en aquella paz, en aquel aislamiento de todo ser humano, en aquella pequeña isleta flotante en la que bien pudieran creerse la única pareja de la creación.

Helga hubiera querido hablar, decirle a Eric que le amaba, pedirle perdón por haberle tratado tan duramente la noche anterior; pero su orgullo pudo más que todo y se calló, esperando que fuera él el que rompiera aquel silencio que le hacía bien al cerebro, pero daño al corazón.

Eric también hubiera deseado hablar, decirla que no amaba a Sigrid, que era ella la única mujer que le había interesado y que le había hecho olvidarse hasta de su Minnie; pero temía despertar en ella nuevas cóleras y, sobre todo, no olvidaba a Karl, el prometido, al hombre que se llevaba las preferencias de aquella mujercita en-

cantadora de la que no era digno.

Dejaban ambos que la lancha les meciera en un sin fin de ensueños que desfilaban por sus imaginaciones jóvenes y pletóricas de esperanzas y ambos callaban para sentir más profundamente la dicha de aquellos momentos de una dulzura inefable.

Después de mucho rato en que el silencio había sido su único compañero Eric habló para preguntar en un tono que quiso hacer indiferente:

—¿Tú quieres a ese hombre?

Helga tardó un momento en contestar, miró a Eric, le sonrió con dulzura y replicó muy quedo:

—No.

—Pero me quieres a mí —afirmó Eric muy seguro de sí mismo y de su triunfo.

Aquella seguridad molestó a Helga; no quería que Eric estuviera tan lleno de pretensiones y le quería convencer que para conquistarla era preciso hacer algo más que hablarle de maquinarias y de lanchas motoras, como había hecho hasta entonces. Por esto se mantuvo firme.

—No quiero ni a Karl ni a ti, —le contestó con firmeza—. Pero me casaré con Karl, porque él me quiere.

—No te casarás con Karl, eso yo te lo aseguro; porque con Karl o sin Karl yo te quiero más que él y serás mi esposa.

—¡No quiero! —exclamó Helga al sentir que los brazos de Eric trataban de abrazarla.

No olvidaba que hacía apenas unas horas aquellos mismos brazos estaban haciendo idéntica caricia a Sigrid y esto Helga no lo podía perdonar... por el momento... más adelante ¡quién sabe si lo olvidaría como lo olvidan todas las mujeres a las que les pasa una cosa semejante!...

—Te adoro, Helga, te adoro! —dijo Eric apasionado, sin resignarse a dejar a la muchacha.

Ella hizo un movimiento brusco para desasirse de los brazos que la retenían y dijo severa:

—Déjame y vámonos de aquí... Hay mucha humedad y me voy a resfriar. Ya estoy cansada del agua y de la lancha...

—¿De la lancha? No puedo creerlo... Es que ahora estás resentida conmigo yquieres vengarte hablándome mal de Minnie, pero todo esto ya te irá pasando... Es imposible que te cases con un hombre que no entiende nada en maquinaria y que no sabe ver que lo único

que tiene un motor es la falta de gasolina.

—¿Te has creído que yo soy una máquina? Estás equivocado. Yo no necesito un hombre que me esté hablando todo el día de carburadores y embragues y marchas y bieles y escapes de aire... ¡No, señor! Soy una mujer y todo eso me importa bien poco... Quédate con tu Minnie y déjame a mí con Karl.

—¿Es esta tu última determinación?

—Mi última y firme resolución.

—Muy bien... ¡Ojalá no vuelva a verte en toda mi vida!... ¡Adelante, Minnie de mi alma! — exclamó Eric dando marcha al motor que, como se había enfriado, no quería tomar gas ni ponerse en movimiento. Hizo varias y inútiles tentativas. Había mucho ruido, una gran trepidación, pero la lancha no arrancaba del sitio. Eric comenzaba a impacientarse y a Helga se le escapaba la risa sin querer y volvía la cabeza a otro lado para no exasperar con ella más al pobre muchacho que comenzaba a avergonzarse de sí mismo.

—¡Minnie de mi alma... no me falles ahora! — imploraba Eric interiormente deseoso de poner término a aquella situación que se

le hacía penosa porque mostraba su incapacidad a aquella mujercita que, estaba seguro, se burlaba de él en su fuero interno.

—No sé qué tiene la lancha — dijo con voz alta para distraer sus nervios que se habían puesto en tensión.

—Tiene frío como yo — contestó Helga arrebujándose en su abriguito—. Déjale todo el escape abierto y espera a que el motor se caliente un poco.

Eric, que no podía sufrir que le dieran lecciones de ninguna clase en aquella materia, no contestó, pero hizo lo que Helga le decía y al poco rato la lancha salía disparada levantando una ola de espuma que les iba siguiendo como una blanca estela y que no les abandonó hasta llegar al desembarcadero.

Helga saltó ágilmente a tierra y Eric la siguió pero se quedó allá, amarrando su lancha, desentendiéndose totalmente de la muchacha que le miró un rato en silencio y luego le dijo:

—Puedo ir contigo hasta Estocolmo.

—¿Para qué?... En la posada de la Morsa, que está ahí a dos pasos, encontrarás a tu Karl... ¡Vete con él, si quieres!

Helga no esperó a que le volviera a repetir aquella orden fulminante y se encaminó con paso lento, apesadumbrado, triste, a la posada

a buscar auxilio en Karl, pero pensando siempre en Eric que era el hombre al que amaba sinceramente.

NUEVA DECEPCION

Cuando Helga llegó junto al coche de Eric sacó de él su bicicleta, montó en ella y partió en dirección a la posada de la Morsa. Se hubiera quedado de buena gana junto al autito de su amado, pero comprendía que si tal hacía iba a desmerecer a los ojos del mecánico que vería su fragilidad y la desprendería.

Le dió a los pedales y marchó dándose ánimo, pero volviendo la cabeza de vez en cuando... por si acaso Eric la llamaba. A la más pequeña señal hubiera regresado instantáneamente olvidando para siempre al imbécil de Karl, al que no podía querer ahora que había conocido a su Eric de su alma.

Cuando llegó a la posada de la Morsa el posadero la informó de que Karl había ido al lago a dar un paseo en lancha de remo para hacer ejercicio mientras su amo es-

taba descansando en sus habitaciones. Helga se quedó desconcertada. ¿Qué hacer? ¿Esperarle? No tenía el ánimo para estar inactiva esperando y decidió marchar de nuevo al lago y buscar a Karl. ¡Quién sabe si encontraría de nuevo a Eric y podrían entablar conversación otra vez y hacer las paces!...

Montó en la bicicleta, pedaleó con ánimo llevada por aquella secreta esperanza y llegó a orillas del lago donde encontró todavía a Eric limpiando y arreglando su lancha motora. Como él ni siquiera alzó los ojos para mirarla — por el reflejo del agua había visto que era ella—, Helga saltó a una pequeña lancha de remo y remó con brío internándose en el lago con rabia y coraje al ver que Eric no le había hecho caso. También tuvo Eric rabia y coraje al ver que la muchachita se alejaba sin decirle ni adiós

y que remaba con afán marchando lejos de él... ¿Qué se había creído aquella pequeña? ¿Que él se humillaría a pedirla perdón después que era el ofendido? ¡Ni que lo soñara!... ¡Que se divirtiera con el estúpido de Karl!... Otras cosas le esperaban a él en Estocolmo!... Desamarró a Minnie, la cargó a la espalda, con su fuerza de atleta, y se la llevó hasta su carromatito en el que la ató perfectamente para llevarla consigo.

—Tú no serás nunca traidora ni veleta... siempre me querrás a mí y tú serás la que me haga rico en poco tiempo. Quizá entonces pueda yo burlarme aún más de las mujeres... El dinero ¡permite tantas cosas!

Dió marcha al motor de su coche y marchó camino de Estocolmo dejando a Helga bogando en el estanque.

El lago era grande y sus orillas magníficas. La hora, de una calma perfecta, se prestaba para estar paseando al lado del hombre amado, pero entristecía al corazón que se encontraba solitario en aquella magnífica soledad. Helga se entristecía mientras bogaba briosa buscando a Karl al que no lograba vislumbrar. Su lancha se deslizaba sin ruido sobre la superficie quieta del

agua, y ella marchaba mirando a lo lejos para descubrir a su prometido al que no veía en parte alguna.

De pronto la sorprendió susurro de voces cerca de ella. Las ramas de los sauces que formaban en aquel lugar una espesa bóveda tras de la cual bien podía encontrarse un refugio grato para el amor o el ensueño. Las voces venían de allá... Helga fué acercándose con un leve golpeteo de los remos, procurando no hacer ruido alguno para no asustar a las gentes que estaban entregadas a un coloquio que, forzosamente, tenía que ser de amor.

A medida que iba acercándose a aquel lugar le pareció que reconocía una de las voces; sí, sin duda alguna, aquella voz era la de Karl... ¿Y la otra? La otra era la voz de una mujer.

Helga se detuvo junto a las ramas de los sauces, miró por entre ellas y descubrió a su prometido en íntimo contacto con otra mujer...

Helga sintió ira primero, y después curiosidad... ¿Quién era ella? ¿Por qué Karl estaba mirándola con arroamiento si hacía un rato había hablado tan cariñosamente con ella del día de su boda?

Helga escuchó. La voz de la mujer llegaba clara y distintamente

hasta ella. Mimosa y tierna, decía al hombre:

—No seas tonto... esa chica no te conviene. ¡Tener que trabajar para mantenerla! ¡Eso es ridículo!

—Yo no tengo dinero y ella se ha arruinado...

—Abandónala y déjate guiar por mí. Yo tengo dinero para los dos. Podrás abandonar tu trabajo y nos dedicaremos a ser felices... sumamente felices. ¿Verdad que tú detestas el trabajo?

—Lo detesto.

—Pero a mí no me detestas. ¿No es cierto?

—¡No!

—Entonces demuéstrame todo mejor. Yo soy rica y tú eres noble... podemos casarnos y ser dichosos. Dime que mequieres... pero dímelo con besos... es la palabra de amor más convincente y la que más halaga a una mujer. Anda, bésame.

Karl se había dejado llevar por la voz arrulladora y había aceptado con entusiasmo la invitación. Los labios contra los labios se dieron un beso de largo metraje. Helga, sintiendo repugnancia de la vida y de todo cuanto la rodeaba, les dejó así unidos y se marchó rápida hacia el desembarcadero, decidida a pedir perdón a Eric que había sido lo bastante noble para confe-

sar delante de todos que él la quería a ella y no a la señorita Sigrígrid.

Bogó, bogó con un entusiasmo del que no se hubiera creído capaz, y llegó a la orilla... para recibir una nueva decepción... Eric no estaba allá ni estaba su Minnie. Todo había desaparecido como en los cuentos de magia. Helga se encontró sola, infinitamente sola y sintió un anhelo muy grande de llorar, pero no quiso cometer aquel acto de debilidad. Sabía lo que se debía a sí misma y decidió olvidar a aquellos dos hombres y marchar a casa de su padre en busca de un tercero en el que vengar todas aquellas afrentas que acababan de inferirle.

A una rica heredera como ella no habían de faltarle pretendientes y, entre todos, acaso encontrara a alguno que fuera más simpático que Eric y menos tonto que Karl...

Eso se decía interiormente, pero bien sabía ella que como amaba al chofer de casa de los señores Hanson, no volvería nunca a amar a ninguno.

Llegó a su casa derregada y triste. Su padre trató de consolarla, pero no logró distraerla con las batatas que le contaba. Luego optó por dejarla sola y esperar a que

el tiempo hiciera su obra benéfica de olvido y paz.

Pero Helga no olvidaba. Cada día se acordaba más de su época de doncella y de las horas felices que había pasado en la cocina de casa de los señores Hanson en donde la risa era cordial y franca y las bromas tenían un acre sabor a pimienta.

Guardaba como una reliquia la carta de recomendación que ella misma se había hecho y, en los ratos en que la nostalgia se hacía sentir con mayor intensidad, la sacaba de la gaveta en que estaba guardada como una joya y la leía y releía hasta que los ojos se le nublaban con el llanto del recuerdo.

Nada había sabido de Eric y a Karl no había querido recibirlle más, después de su encuentro en el lago.

—¡La vida es toda una pura decepción! — pensaba con una amargura de vieja.

Y releía otra vez la carta y pensaba de nuevo en toda su aventura original que, si había servido para aleccionarla en los trabajos del hogar, también le había causado un hondo surco en el alma; el surco del desengaño que llevaba en ella y que estaba segura nunca se podría borrar.

Junto a su carta de recomendación, tenía otra que le había dado la señora Hanson el día que salió de su casa y que estaba concebida en estos términos:

“A quien interese: Recomiendo a Helga Brand como una buena sirvienta. Es honrada y trabajadora. Además de su trabajo ordinario es una excelente cocinera. Puede hacer admirables pasteles y toda clase de repostería.”

Y con estas dos cartas como únicas compañeras, pasaba Helga muchas horas encerrada en su habitación, soñando en aquel pasado al que quisiera volver, hastiada como estaba de todo el lujo y el fausto de su casa de niña multimillonaria.

Su padre, que no veía más que por los ojos de la chiquilla, ya no sabía qué hacer para distraerla y a cada rato inventaba nuevas cosas para proponérselas como una gran distracción. Llegaba al cuarto de Helga, llamaba discretamente a la puerta y le decía:

—Niña, ya sé lo que podríamos hacer.

—Déjame en paz, papá... no quiero hacer nada... ¡Estoy bien así!

—Pero esto no puede seguir... siempre encerrada...

—No quiero ver a nadie; todos me molestan...

—Hija mía, estás con una neurastenia tan aguda, que si no fueras mi hija, te la quitaría a palos... pero no me atrevo a adoptar esta medida.

—Haces bien... Creo que el primero acabaría conmigo... ¡Estoy tan frágil!...

—Mira, he pensado que vayamos a hacer una larga excursión en el yate con todos nuestros amigos... ¡y que tú nos hagas de cocinera! ¿Qué te parece la idea? Así creerás que aun estás sirviendo... En lugar de servir en casa de los Hanson servirás en casa de los Nilsson... ¿Qué te parece?

—Muy mal, porque todos los amigos, por halagarme, estarán todo el día haciendo lenguas de mi trabajo y eso me pondrá muy nerviosa... ¡No quiero, no quiero y no quiero!...

—Yo les diré que no te hablen de tu trabajo...

—No, no; todos nuestros amigos me fastidian y aburren... ¡Si fueran Olga y Ana!...

—¿Y el cartero también? — preguntó el padre burlándose de su hija.

—Papá... no lo tomes a guasa... es una cosa muy seria lo que a mí

me ocurre... La nostalgia me está consumiendo...

—Hija, no comprendo qué es lo que podría hacerte feliz...

—Volver a ser la doncella de los Hanson... Tú no puedes comprender; eso ya lo sé... ¡Pero si vieras qué pena me da no poder volver a ser Helga, la camarera!

—Si quieres marcharte otra vez...

—No, ahora ya nada sería igual... Oye, papá... tú fuiste muy pobre, muy pobre, ¿no es cierto?

—Sí, hija, más pobre que las ratas.

—Y mamá no te lo tenía a mal, ¿verdad?

—No, tu madre era un ángel y me aceptó pobre porque me quería...

—Pues yo quiero también a Eric, papá... aunque es pobre, aunque no me quiere, aunque besa a otras... ¡Le quiero, le quiero y le quiero!... Y si no logras dar con él y traérmelo... me moriré...

—¿No es más que esto toda tu tristeza? ¡Acabáramos!... Si lo hubieras dicho desde el primer día acaso a estas horas ya estarías hastiada de él.

—¡Oh, eso jamás!

—Entonces tú no querías volver a ser doncella... sino que lo que

quieres es ser la esposa de Eric, que es muy distinto... Está bien, ahora que conozco a fondo tu mal pondremos el remedio.

—Sí, papá... búscale por todas partes.

—No quedará rincón del globo donde yo no vaya a buscarle...

Muerto o vivo lo pondré a tus plantas.

—¡Muerto no, papá, muerto no!... ¡Vivo y amante, como cuando yo era doncella!...

—Bueno, bueno, déjalo para mí... verás como no tardaremos mucho en dar caza a ese caballerito.

COGIDO EN LA TRAMPA

El Sr. Nilsson puso en movimiento a los mejores detectives de la ciudad y estaba todo el día en comunicación con ellos dándoles órdenes y preguntando el resultado de sus pesquisas. Pero Eric no aparecía en parte alguna. Todos los chofers de Suecia fueron vigilados y fotografiados para compararlo con la fotografía de Eric, pero ninguno tenía su mismo rostro y sus maneras. Todos eran como él altos y bien plantados; pero Helga decía que eran unos pigmeos al lado de su amado y no eran dignos ni de darle betún a sus botas.

El Departamento de Policía secreto comenzaba a desesperar de poder cumplir dignamente aquella misión que le habían confiado. Y de veras lo sentían, porque el Sr. Nilsson había ofrecido una fuerte prima al que lograra dar con el paradero de Eric.

Todo se había mirado, revuelto e inquirido; pero él parecía haber desaparecido de la superficie de la tierra. Acabadas las investigaciones en el territorio nacional fué extendiéndose la red más allá de la frontera, pero fueron también tan inútiles las investigaciones allá como lo habían sido acá.

—¡Es que ha muerto! — gemía desconsolada Helga.

—No, mujer, no... ya le encontraremos.

—Ay, papá de mi alma!... ¡Me he quedado viuda antes de casarme!...

—Déjate de boberías, niña, y déjame a mí... ya te he prometido que te lo traeré.

—Pero sólo lograrás traerme un cadáver...

—Te aseguro que Eric no está muerto... No consta en ningún registro.

—Es que se ha matado en su lancha loca... y no han podido encontrar el cadáver.

—Hija, tienes una imaginación maravillosa...

—Es un presentimiento, papá... un fúnebre presentimiento...

—Mira, déjate de lamentaciones y vistete. Nos iremos a la Opera a ver si te distraes.

—No quiero salir de casa...

—¿Y crees que nos vamos a pasar así la vida? ¡Eso no puede ser!... Voy a llamar a la policía y si no encuentran a Eric en una semana, nos iremos a hacer un largo viaje hasta que tú olvides...

—No, papá, no... ¡yo lo que quiero hacer es mi viaje de novios!

El señor Nilsson salió de la habitación de su hija mesándose los pocos cabellos que le quedaban en su hermosa calva y maldiciendo de aquel diablo de chofer que no aparecía por parte alguna.

Telefoneó a la policía y se puso al hablar con su detective predilecto.

—¿Qué se ha logrado? — preguntó el señor Nilsson.

—Nada, señor...

—¿Cómo nada? ¿Es esto lo único que me saben contestar?

—Esto es lo único que hemos logrado...

—¿Y de qué sirven ustedes, entonces?

—Esta es la primera vez que nos falla un asunto...

—¡Y tenía que ser precisamente este el que fallara!... ¡Este en el que está comprometida la felicidad y la salud de mi hija!...

—Y... ¿por qué no emplea usted sus propios medios?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que usted, que siempre ha acudido a la publicidad para todos sus negocios, ahora olvida que la publicidad podría prestarle el servicio al que nosotros no podemos encontrar solución.

—¡Hombre, qué gran idea!...

—Ya sabía yo que eso le agradaría a usted.

—Sí; pondré unos anuncios en todos los periódicos; unos anuncios que sugieran algo grande; unos anuncios que...

—Papá, siempre hablando de anuncios — dijo Helga que había entrado preparada ya para ir a la Opera.

—Hija mía, ¡creo que ahora no se nos escapará!...

—¿Quién?

—Ese maldito chofer del que estás enamorada.

—¿Se sabe algo de él?

—No, pero los anuncios nos lo

descubrirán... Vamos, vamos a la Opera... Mañana aparecerán los anuncios... Pasado mañana celebraremos tus esponsales.

Helga le miró creyendo que su padre estaba casi tan chiflado como ella, pero le vió tan contento y tan gozoso que no se atrevió a decirselo y le siguió, sin querer concebir grandes esperanzas en aquel nuevo método que iban a emplear para capturar a Eric.

Al día siguiente en todos los periódicos del país apareció este anuncio:

“SE SOLICITA CHOFER”. — Dispuestos a pagar el doble del sueldo usual a un joven con dos años de estudios de mecánica y que entienda de lanchas de motor, especializado particularmente en ellas para llegar a obtener una lancha que pueda correr a setenta millas sin mojarse. Acuden en persona inmediatamente a casa de Víctor Nilsson, Strandvagan 3, 500.”

Desde muy temprano comenzaron a acudir solicitantes. Salía a abrirles, vestido con librea, el detective que había sugerido la idea a Nilsson y que llevaba en la mano, escondido discretamente, el retrato de Eric al que daba una rápida ojeada a la llegada de cada uno de los solicitantes.

Llegaban a docenas. La escasez de trabajo hacía acudir a todos los que de cerca o de lejos conocían algo de mecánica y el hall se iba llenando de hombres de todas las categorías y de todos los tamaños.

El detective comenzaba a desesperar, porque la mañana iba avanzando y no acudía aquel a quien esperaban.

Los aspirantes a aquel puesto tan bien remunerado se impacientaban. No habían aún recibido a ninguno y las horas pasaban. Todos leían el periódico al que habían dado ya varias vueltas y cuando veían al criado subir la escalera le seguían ansiosamente con la mirada para investigar si iba ya a darles la señal de que comenzaban las audiencias.

Pero el fingido criado, que iba al despacho del señor Nilsson a informarles de que todavía no había llegado aquel al que esperaban, volvía a bajar serio y rígido y quedaba parado junto a la puerta, abriendo a cada nueva llamada y haciendo siempre aquella rápida consulta con lo que llevaba en la mano y que ninguno de los solicitantes había podido ver qué era.

A mediodía, cuando ya estaba perdida toda esperanza, cuando ya hacía casi un cuarto de hora que

el timbre no había sonado, compreñó Eric. El detective miró la fotografía y sonrió satisfecho.

— ¡Aquí está nuestro hombre! — pensó.

En voz alta le preguntó mostrándose con él sumamente deferente y amable:

— ¿Cómo se llama usted?

— Eric Landstrom.

— ¿Cuántos años ha estudiado mecánica?

— Dos.

— ¿Tiene usted prácticas en lanchas de motor?

— He hecho inventos maravillosos en ellas.

— ¿Dónde ha trabajado usted últimamente?

— En casa del señor Hanson.

— Entonces pase, pase... — le dijo mostrándole la escalera y obligándole a subir antes que él lo hiciera.

Los demás pretendientes se pusieron en pie en señal de protesta. ¡El último que había llegado iba a ser el primero en ser recibido! ¡Aquello no podía tolerarse! ¿Para eso habían estado aguardando desde las primeras horas de la mañana?

— ¡Calma, señores, calma! — les dijo el criado. — Pueden ustedes irse retirando porque la plaza está ya ocupada.

Los pretendientes que habían esperado en vano se quedaron pasmados y fueron saliendo diciendo entre dientes cosas muy poco agradables para el dueño de la casa.

Eric, acompañado por el criado, subió hasta el despacho del señor Nilsson que le recibió con la sonrisa en los labios:

— Hombre, usted es el chofer ideal que yo necesito!

— Apenas me conoce usted...

— Pero sé a quién trato...

— ¿Qué es lo que desea de mí?

— Usted tiene una larga experiencia mecánica?

— Dos años de estudios y ocho de práctica. He sido chofer toda mi vida, desde que era mozalbete. Y luego me he ido especializando en el oficio. Ahora trabajo intensamente en un invento que creo me hará millonario.

— También lo creo yo...

— Conoce usted mi invento?

— Perfectamente. Y sé incluso que se llama Minnie...

— ¡Cómo! — exclamó Eric asombrado.

— Y que la ama usted más que a nada en el mundo; pero yo creo que para poder realizarla perfectamente lo primero que necesita es dinero y ese dinero se lo voy a ofrecer yo.

LA DONCELLA DE POSTIN

— No tengo garantía ninguna que poder ofrecerle, en cambio.

— No deseo garantía.

— ¿Tiene usted tan absoluta confianza en mí?

— Yo... Verá, no le conozco más que por referencias; pero estoy dispuesto a entregarle un millón.

— ¡Un millón? ¿Se burla usted de mí o soy víctima de un loco?

— Ni una cosa ni otra, amigo mío. ¿Quiere o no aceptar el millón que le ofrezco?

— A condición de qué?

— A condición de que se case con mi hija... que es la que verdaderamente está chiflada...

Helga había entrado en aquel momento en el despacho de su padre, sabiendo que ya su amado estaba allí tratando con él. Su padre la miró sonriendo y Eric siguió la mirada del señor Nilsson hasta encontrarse frente a la supuesta doncellita de casa de los Hanson.

— ¡Helga!... — exclamó Eric un tanto confuso.

— Helga Brand en casa de los señores Hanson; pero Hedda Nilsson en mi casa, que siquieres, será también la tuya...

— ¡Hedda! — volvió a exclarar Eric sintiendo una ansia enorme de estrecharla entre sus brazos.

— Por mí puede usted abrazarla — dijo el señor Nilsson, sonriendo con aquella su franca sonrisa de hombre feliz. — Al fin y al cabo esta noche misma pienso celebrar sus espousales...

— ¿Será esto verdad? — se preguntó Eric como si estuviera viendo un sueño. — Pero, yo no puedo aceptar... yo soy pobre... yo no soy más que un humilde chofer.

— Desde este momento eres el socio de mi fábrica, el socio industrial. Tendrás carta abierta para hacer en las maquinarias cuantas reformas se te antojen, siempre que no me las desbarates... y te ayudaré a construir con buen material, tu Minnie soñada.

— ¿De veras? ¡Qué felices vamos a ser los tres!

— ¿Quiénes? — preguntó Hedda.

— Ya empiezas otra vez con Minnie... Si sólo sabes hablarme de ella le digo a papá que te despidá de tu empleo...

— No, no, que hace muchas semanas que apena como, por culpa tuya... Déjame que me quede aquí en donde sólo hay una señorita... que pronto dejará de serlo...

— Entonces, ¿mequieres?

— ¡Más que a mí alma!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

—¿Y más qué a Minnie? — preguntó Hedda temerosa.

—¡Oh... esto dependerá de ti!

—¿Por qué?

—Si no eres buena conmigo siempre tendré a Minnie que me consue-

le... Procura tú que no tenga que consolarme nunca Minnie.

—¡Lo procuraré y lo lograré!

— exclamó Hedda echándole los brazos al cuello y dándole un apasionado beso de amor.

FIN

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|--------------------------------------|-------------------------------------|-------------------------------|--|
| La viuda alegra. | La mujer ligera. | Marruecos. | lombres en mi vida. |
| El gran desfile. | Virgeras modernas. | En cada puerto un amor. | lebla. |
| Miguel Strogoff o el Correo del Zar. | El pagano de Tahiti. | Conoces atu mujer? | ebeca. |
| La princesa que subo amar. | Estrellas dichosas. | 1 millón. | adescable. |
| El coche número 18. | La senda del 98. | a mujer X. | azrán de los monos. |
| Sin familia. | Esto es el cielo. | ante alegre. | El terror del hampa. |
| Mare Nostrum. | Espesismos. | Mar de fondo. | a vuelta al mundo por |
| Nantástico, el hombre que se vendió. | Evangelitine. | La llama sagrada. | Douglas Fairbanks. |
| Cobra. | Oroquídeas salvajes. | La ley del harén. | hica bien. |
| El fin de Montecarlo. | El caballero. | La fruta amarza. | ecién casados. |
| Vida bohemia. | Egoísmo. | Idas truncadas. | hamo (El campeón). |
| Zaza. | La máscara del diablo. | La fiesta del mar. | a zarpa del jaguar. |
| Adiós, inventud! | El pan nuestro de cada dia. | Tábu. | os amores de los José Mo- lica (fuerza de serie). |
| El juicio errante. | Vieja hidalguita. | El pasado acusa. | El caballero de la noche. |
| La mujer desnuda. | Poseisión. | Trader Horn. | séne Lupin. |
| Tía Ramona. | Tentación. | Un vanqui en la corte | a dama del 13. |
| Casanova. | La pecadora. | del rev Arturo. | mor en venta. |
| Hotel Imperia. | El beso. | El código penal. | l pecado de Madelón |
| Don Juan, el burlador de Sevilla. | Ella se va a la guerra. | La pura verdad. | Claudet. |
| Noche nupcial. | Los hijos de nadie. | Maternidad. o el derecho | a casa de los muertos. |
| El séptimo cielo. | El pescador de perlas. | a la vida (fuera de se- rie). | itanes del cielo. |
| Beau Geste. | Santa Isabel de Ceres. | Carbón (La tragedia de | l proceso Dreyfus. |
| Los vencedores del fuego. | Las dos huérfanas. | la mina). | a vida de un gran ar- tista. |
| La mariposa de oro. | La canción de la estepa. | Studiantina. | El último varón sobre la |
| Ben-Hur. | El precio de un beso. | Las perinecias de Skinny. | Tierra. |
| El demonio y la carne. | La rapsodia del recuerdo. | Qué viudita! | antomas. |
| La castellana del Libano. | Delikatessen. | El camino de la vida. | voletas imperiales. |
| La tierra de todos. | Del mismo barro. | Noches de Viena. | Soy un fugitivo |
| Trinolí. | Estrellados. | Mamá. | eresita. |
| El rev de reyes. | Cuatro de infantería. | Eran trece. | a película de las estra- llas, Grand Hotel (fue- ra de serie). |
| Sangre y arena. | Olimpia. | Cheri-Bibi. | Hollywood al desnudo. |
| La ciudad castigada. | Monsieur Sans- Génie. | Bésame otra vez. | angre roja. |
| Aguilas triunfantes. | Sombras de gloria. | Camarotes de lujo. | l doctor X. |
| El sargento Malacara. | Mamba. | Los hijos de la calle. | Emma. |
| El capitán Sorrell. | Molly (la gran parada) | La divorciada. | rimavera en ototío. |
| El jardín del edén. | El valiente. | Madame Satán. | l hijo del destino. |
| La princesa mártir. | De frente... marchen! | ¿Cuando te suicidas? | la o ninguna. |
| Ramona. | Prim. | Marianita. | l enemigo en la sangre. |
| Dos amantes. | El presidio. | El carnet amarillo. | l azul del cielo. |
| El principe estudiante. | Romance. | Honrarás a tu madre. | El monstruo de la ciudad |
| Ana Karenina. | El gran charco. | Su última noche. | del amor. |
| El destino de la carne. | Tempestad. | Las alegres chicas de | usan Lenox. |
| La mujer divina. | El dios del mar. | Viena. | mercado de mujeres. |
| Alas. | Anne Christie. | Viva la libertad! | Ganadores culpables. |
| Cuatro hijas. | Sevilla de mis amores. | Salvada. | a princesa se divierte. |
| El carnaval de Venecia. | Horizontes nuevos. | El teniente del amor. | a mano asesina. |
| El final de la calle. | Ben-Hur (edición nou- lar). | Deliciosa. | l rev de los gitanos. |
| La última cita. | La increíble. | Cielo robado. | l sargento X. |
| El amor. | I malo. | Amargo idilio. | Los seis misteriosos. |
| Aventuras. | El rey real. | Honor entre amantes. | Esta edad moderna. |
| La bailarina de la One- Fifty. | Raíz al techo de París. | l hombre que asesinó. | La novia de Escocia. |
| Moulin Rouge. | Camino del infierno. | Rindase! | Besos al pasar. |
| Das Alf. | Méjic carajo! | La calle. | El mayor amor. |
| Tres estatuas dichosas. | Estúpido! | El prísguo. | El amor fantasma. |
| El faraón egipcio. | 70.000 que amamos. | Milicia de paz. | El robo de la Monna Lis- |
| Volpi, Volpi. | Al comienzo de 34. | Amores de medianoché. | sa (La Gioconda). |
| La infancia nostálgica. | La princesa enamorada. | Miguel Strogoff o el | La edad de amar. |
| La sirena muchacha. | manecer de amor. | correo del Zar (edi- | Salvada. |
| Monograma. | El gran desfile (edición nou- lar). | ción popular). | Divorcio por amor. |
| El auto de Singapur. | Du Barr, mujer de na- sión. | La hermana San Sulpicio. | Corazones valientes. |
| El amor. | La viuda alegra (edición nou- lar). | El demonio y la carne | Irusta-Fugazot-Demare |
| El amor. | Ángeles del infierno. | (edición popular). | (fuerza de serie). |
| El amor. | Cuerpo y alma. | La dama misteriosa. | Los tres mosqueteros |
| El amor. | El impostor. | os claveles de la Vir- gen. | (Los Herretes de la reina). |
| El amor. | Esposa a medias. | arieja de baile. | Ilady (2.a parte de Los tres mosqueteros). |
| El amor. | Esclavas de la moda. | l Canone (Pánico en | sclavitud). |
| El amor. | Petit Café. | Chicago). | a calle 42. |
| El amor. | Hay que casar al prin- cipe. | Si último amor. | as dos huferanitas. |
| El amor. | aspiración. | fuchaschas de uniforme. | Cabalgata. |
| El conde de Montecristo. | El proceso de Mary Du- gan. | Fatá-Hari. | Secretos. |

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios. Revistas y Publicaciones. S. A.

Barcelona; Barbara, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel. 11

La feria de la vida.	Barrio Chino.
Una morena y una rubia.	Yo, tú y ella.
Como tú me deseas.	Un ladrón en la alcoba.
El relicario.	El cantar de los cantares.
El amor y la suerte.	La llama eterna.
Una viuda romántica.	Un hombre de corazón.
Rasputin y la Zarina.	Sierra de Ronda.
Susana tiene un secreto.	El rey de los fósforos.
20.000 años en Sing Sing.	La Cruz y la Espada.
Huérfanos en Budapest.	El canto del ruiseñor.
Milagro?	Adiós a las armas.
Vivamos hoy.	La mundana.
Odio.	Tú eres mío!
Los crímenes del museo.	Catalina de Rusia.
El secreto del mar.	Tempestad al amanecer.
Mis labios enzafan.	Santa.
No dejes la puerta abierta.	Belleza e la venta.
Dos noches.	Alaí.
La melodía prohibida.	La hermana blanca.
El primer derecho de nula.	La Reina Cristina de Suecia.
que VIII.	Doña Francisquita.
Fra Diavolo.	El café de la marina.
El padrino ideal.	El agua en el suelo.
El judío errante.	El boxeador y la dama.
El hijo de la parroquia.	Esclavos de la tierra.
Letty Lynton.	Mujeres v i Don Juan.
	Un capitán de cosacos

Alma de bailarina.
Yo he sido espiado.
No seas celosa.
Desfile de candlejas.
Aves sin rumbo.
Simona es así.
Pescada en la calle.
Una noche en El Cairo.
Rosa de medianoche.
El rey de la plata.
Sobre el cielo.
Las sorpresas del coche-cama.
Soi en la nieve.
Madres de basidores.
La portera de la fábrica.
Granaderos del amor.
Fanny.
Siempre en mi corazón.
Tarzan y su compañera.
El gato y el violín.
Sor Angélica.
Judeo.
Casanova.
El primer amor.
Eskimo.

El altar de la moda.
La virgen de la roca.
La herencia.
Madame Du Barry.
Sucedió una noche.
Hombres en blanco.
Fueros humanos.
¡Viva la vida!
El negro que tenía el alma blanca.
Carolina.
Cuesta abajo.
Sola con su amor.
El mundo cambia.
Canción de cuna.
Paz en la tierra.
La dama del boulevard.
La hermana San Sulpicio.
El signo de la muerte.
La dolorosa.
Las fronteras del amor.
Wonder Bar.
La dama de las camelias.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la
Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA FORMIDABLE NOVELA

C A R A V A N A

por Charles Boyer, Annabella,
Conchita Montenegro

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre lo mejor

E. B.

Precio: Una peseta